

## REFLEXIONES ACERCA DE LA AGRESIÓN

*María Cristina Griffa  
Licenciada en Psicología y Filosofía  
Directora de la carrera de Psicopedagogía del  
Instituto de Profesorado del CONSUDEC.*

(Este trabajo fue leído y debatido en la FUNDACIÓN LUIS CHIOZZA el 17 de agosto de 2001)

"La sequía había durado ya diez millones de años, y el reinado de los terribles saurios tiempo ha que había terminado. Aquí en el ecuador, en el continente que había de ser conocido un día como África, la batalla por la existencia había alcanzado un nuevo clímax de ferocidad, no avistándose aún el victorioso. En este terreno baldío y desecado, sólo podría medrar, o aún esperar sobrevivir, lo pequeño, lo raudo o lo feroz.

Los hombres-mono no eran nada de ello, y no estaban por ende medrando; realmente, se encontraban ya muy adentrados en el curso de la extinción racial. [La tribu] estaba siempre hambrienta, y ahora la apresaba la torva inanición.[...] Entre los de su especie Moon Watcher era casi un gigante [...]

Aunque los monos humanoides luchaban y peleaban entre ellos, era raro que esas disputas tuvieran consecuencias. Al no poseer garras o colmillos no podían causarse mucho daño mutuo.[...]

Así Moon Watcher y sus compañeros masticaban bayas y frutas y se esforzaban por ahuyentar los tormentos del hambre...mientras en torno a ellos, compitiendo por el mismo pasto, había una fuente potencial de más alimento del que jamás podían esperar comer.[...]

Cerdos y monos humanoides se habían ignorado siempre mutuamente, pues no había conflicto alguno de intereses entre ellos. Como la mayoría de los animales que no competían por el mismo alimento, se mantenían simplemente apartados de sus caminos particulares. [Un día] cuatro de ellos estaban allí. Moon Watcher, comenzó a temblar irrefrenablemente; sentía como si le fuese a estallar el cerebro, y deseaba apartar la vista.[...] quedóse contemplándolos con inseguros movimientos hacia atrás y adelante al sentirse hostigado por impulsos que no podía comprender. De pronto, y como en un sueño, comenzó a buscar en el suelo... no sabía decir qué. Aún cuando hubiese tenido la facultad de la palabra. Lo reconoció al verlo.

Era una piedra pesada y puntiaguda, de varios centímetros de longitud, y aunque no encajaba perfectamente en su mano, serviría. Al blandirla, aturrullado por el repentino aumento de peso, sintió una agradable sensación de poder y autoridad. Y seguidamente comenzó a moverse en dirección la cerdo más próximo.

[...] El asesinato había sido rápido y silencioso. Todos los demás monos-humanoides del grupo se habían detenido para contemplar la acción y se agrupaban ahora en torno a Moon Watcher y su víctima. Uno de ellos recogió el arma manchada de sangre, y comenzó aporrear con ella al cerdo muerto. [...] Otros se le unieron. [...] Pasó mucho tiempo antes de que Moon Watcher comprendiese realmente que no necesitaba tener hambre nunca más" (Clarke, 1968, págs. 13-17,32-34).

## I- INTRODUCCIÓN

Llegados ahora al 2001 es un momento oportuno para recordar este comienzo del libro de Clarke "2001, Odisea del Espacio" (1968) como así también las imágenes del film, que hace más de treinta años nos conmovían por su imaginación científica y su capacidad para describir simbólicamente el nacimiento del uso de los instrumentos, la aparición de la técnica, el garrote que perfecciona a la mano para matar, el cambio alimentario. Pero ¿qué empujó a Moon Watcher a actuar de este modo? Este suceso aquí retratado es sólo una representación más de cómo diferentes tradiciones intentaron exponer este drama universal.

En medio de un clima mundial de violencia cotidiana, en un momento en el cual tanto puede estallar un coche bomba en el que viaja un político, como un alumno asestar un puñal a su maestra frente a la mirada atónita de sus compañeros; en esta atmósfera la reflexión acerca de la agresión puede ser oportuna. Pero, éstos no han sido los detonantes para la elección de este tema sino sólo el "fondo" sobre el que resalta la "figura" de la agresión encubierta, larvada, muda, presente en nosotros y en los otros. Aparece en la actitud del hijo que escucha en medio de un pesado silencio "exterior" al padre mientras piensa cuándo terminará ese discurso que le resulta absurdo; o, en la madre que con una mirada desautoriza y desprecia al padre frente a los hijos; o bien, cuando en una reunión de trabajo un colega le habla a otro que atento seguía en su tarea, sustrayéndolo así hacia una temática nimia; o en aquel otro que llega tarde a la cita; o en aquel que vierte un comentario ácido y destructivo.

Así nos encontramos con innumerables signos de la agresión, de cómo agredimos, de cómo somos agredidos, de cómo vivenciamos el ser agredido por otro y de cómo suponemos que la víctima de nuestra agresión supuestamente la experimenta. Pero estas presencias: ¿a qué realidad ausente remiten?, ¿qué simbolizan?

Desde una mirada más abarcadora Chiozza sostiene que la "agresión y la violencia" conjuntamente con "el desorden ecológico, la incomunicación y la superpoblación" generan problemas "urgentes e impostergables". Luego agrega: "pero también es cierto que nuestros intentos de darles solución tropiezan con un círculo vicioso, porque nuestro mundo actual carece de creencias y valores universalmente compartidos que funcionen a la altura de nuestra actual necesidad" (Chiozza, 1995a, pág. 23).

De modo, que esta ocasión puede convertirse en un buen momento para acercarnos estas reflexiones que giran alrededor de un tema universal pero que en la actualidad se ha teñido de una coloratura peculiar.

A partir de esta (I) Introducción consideraremos: (II) La agresión; (III) Pulsiones. Pulsión de agresión; (IV) Agresiones y Resistencias; (V) Síntesis y conclusiones.

## II- LA AGRESIÓN

"la inclinación agresiva es una disposición pulsional autónoma, originaria, del ser humano. [...] Sostengo que la cultura encuentra en ella su obstáculo más poderoso. [...] La cultura es un proceso particular que abarca a la humanidad [...] sería un proceso al servicio del Eros, que quiere reunir a los individuos aislados, luego a las familias, después a etnias, pueblos, naciones, en una gran unidad: la humanidad. [...] Esa multitudes de seres humanos deben ser ligados libidinosamente entre sí; la necesidad sola, las ventajas de la comunidad de trabajo, no los mantendrían cohesionados. Ahora bien, a este programa de la cultura se opone la pulsión agresiva natural de los seres humanos, la hostilidad de uno contra todos y de todos contra uno. Esta pulsión

de agresión es el retoño y el principal subrogado de la pulsión de muerte que hemos descubierto junto al Eros, y que comparte con este el gobierno del universo" (Freud, 1930a [1929], págs. 117-18).

Algunos autores han considerado a la **agresividad** o acometividad como una cualidad originaria, es decir, como una respuesta espontánea a las frustraciones (Fenichel, 1957). Pero la relación establecida entre frustración y **agresión** es tan sólo secundaria. Pues, el sujeto vivencia tal experiencia como frustrante por el empuje de una tendencia dada, natural, es decir, la **pulsión de agresión**, subrogado de la **pulsión de muerte**. Este comportamiento surge de dicha disposición pulsional y esto es lo originario (Freud, 1930a [1939]), es decir, la fuente de la que emana la acción de Moon Watcher (Clarke).

Freud, en este epígrafe, considera a la **cultura** (Freud, 1930a [1939]) como lo opuesto a esta fuerza; de allí que el sujeto encuentra en los jno! un motivo para luchar. Sea la lucha con el "otro" para tener un lugar, la destrucción de las ligaduras en vínculos interpersonales o en instituciones ya que se experimenta al que está enfrente como "hostil" y enemigo. Pero, como nada es absolutamente negativo para la constitución humana también desarrollaremos la idea de la agresión como instrumento de la vida.

Es importante atender a Lacan cuando dice: "La agresividad se manifiesta en una **experiencia subjetiva** por su constitución misma" (Lacan, 1948, pág. 95). Estas palabras y sus comentarios sugieren una realidad básica: la agresividad -apoyándose en Freud- es la experiencia misma de la constitución del sujeto; en la tensión del encuentro hostil entre dos sujetos cada uno asume un lugar: "agresor" o "agredido", en cada uno de ellos se ponen en juego las fantasías, la historia del yo. Pues, para Lacan (1949), éste se constituye en la "fase del espejo" que es precedida por la experiencia del cuerpo vivido como partículas separadas en la denominada "fase del cuerpo despedazado o fragmentado", en el cual cada pedazo -sobre el modelo kleiniano- es producto del bombardeo agresivo. Así, el sujeto se constituye según una matriz que cuenta con dos polos: la tendencia a la unificación y el peligro de la atomización. La identificación especular -con su imagen en el espejo o con los ojos de la madre- es una identificación narcisista pero con imágenes externas. Esta identificación alienante muestra al hombre como un ser obligado a constituirse con referencia al otro, pero paradójicamente al identificarse con el otro se unifica. Es decir, que pone en el otro la atomización y al mismo tiempo toma al otro para unificarse libidinalmente.

Posteriormente, el niño descubre la totalidad de su cuerpo en esa imagen y progresivamente toma conciencia de sí mismo como entidad diferenciada. Recién a los 3 años, en la fase edípica el niño se libera de la fascinación de la imagen, es decir, de la sujeción respecto del "otro", de la forma del "otro".

Una escena que hace presente esta temática, es la del bebé tal como podría ser descrito a partir del "Proyecto" (Freud, 1950a [1887-1902]) y de la "Interpretación de los Sueños" (Freud, 1900a [1899]). Su psiquismo tiene la capacidad de recibir, transmitir y transformar energía intentando mantenerla en el nivel más bajo (principio de constancia). Pero, cuando se acrecienta la cantidad de excitación, de la cual no puede huir y no recibe el **auxilio ajeno**, entonces se generan el displacer, el dolor, y reacciona con llanto; no alcanza el placer que consiste en la reducción de dichas magnitudes.

Complementariamente, en las "Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico" (Freud, 1911b) opone el yo-placer al yo-realidad de modo que mientras el primero busca el placer el segundo busca lo útil y se aleja de aquello que lo puede

dañar. Posteriormente, en "Pulsiones y destino de pulsiones" (Freud, 1915c) el yo está identificado con lo placentero, constituyendo el "yo-placer purificado" (introyecta las partes del mundo que son fuentes de placer y proyecta aquello de su interior que es fuente de displacer) y el mundo es lo displacentero que está afuera, que es lo extraño, lo malo. Pero, en la "Negación" (Freud, 1925h) subraya que lo que determina el establecimiento de la prueba de realidad es el hecho de la pérdida de los objetos que lo satisfacían realmente y la búsqueda de éste en el mundo exterior.

Autores posteriores, poniendo algo más de encarnadura a esta descripción metapsicológica, interpretan estos primeros momentos como una díada madre-hijo, al modo, de una simbiosis, de un mutualismo (Mahler y otros, 1975). Ésta se quiebra con el descubrimiento, hacia el octavo mes, que la madre es un todo independiente de él y, posteriormente, con la entrada del padre que convierte la díada en triángulo. Se produce así un camino desde la fusión hacia la separación y la individuación.

He comenzado considerando estas escenas que nos aportan resignificaciones secundarias para proponer ahora el momento *princeps*, dentro del desarrollo filogenético, el cual podemos "ver" como la escenificación del vínculo agresor-agredido.

Chiozza (1984a [1970]) desarrolla el modelo del **psiquismo fetal** "estructurado en torno a una única función: '**materializar ideas**' " (Chiozza, G., 1998f [1976], págs. 379-80). Para lo cual el feto (Chiozza, L., 1984a [1970]) "dispone" del "polo visual-ideal" y del "polo hepático-material" para la recepción de la materia y de la ideas a procesar. El complejo proceso de asimilación -catabolismo y anabolismo- supone la digestión "externa" y la envidia es el mecanismo digestivo.

Chiozza y colaboradores distinguen tres aspectos: 1- "el envidiar como acción adecuada y eficaz del yo" [...], 2- "la envidia como afecto y mecanismo de defensa proyectivo" [...] y 3- "la envidia coartada en su fin, que puede llegar a un estancamiento de la libido 'biliar'... [acompañado de] el rasgo de carácter [...] amargado-envidioso, 'un envenenado'; [...] dentro del proceso que psicológicamente llamamos fracaso de la envidia" (Chiozza y colab. 1997d [1995]) págs. 49-50).

Este proceso puede ser exitoso o bien fallar. Describe esto último L. Chiozza diciendo: "Cuando el contenido ideal supera la capacidad hepática del yo para materializar, su descarga sobre este yo [...] es sentida como algo tremendamente peligroso y angustiante. Dicho en términos más habituales: si nuestros proyectos o ideas superan nuestros 'hígados' para convertirlos en algo concreto y material, una nueva idea imperativa que se suma a las anteriores es sentida como algo que nos enloquece, que nos destruye". Pero "si la idea no puede ser adecuadamente asimilada y materializada mediante un acto directo de incorporación [...] pueden ocurrir distintos desenlaces. Suele ocurrir que sea una idea que aturda, atonte, aletargue, 'pudra', destruya en cierta medida al yo, que queda entonces, por así decirlo, pegoteado con ella. Si el yo posee una mayor fuerza se disocia [...]. Si el yo posee una fuerza aún mayor, que equivale a un desarrollo más maduro, sale al encuentro de la idea traumática e intenta destruirla digestivamente, ataca los soportes materiales de la idea [...]" (Chiozza, 1984a [1970], págs. 56 y 62).

Esta breve descripción introduce, para el tema que nos ocupa, al extraño, al malo, al hostil, es decir, al "agresor" (el estímulo que supera la capacidad yoica) y a su víctima (el yo), a su acción (la envidia como afecto y la envidia coartada en su fin), y a su producción (un rasgo de carácter envidioso o una patología biliar).

Chiozza y colaboradores distinguen tres aspectos: 1- "el envidiar como acción adecuada y eficaz del yo" [...], 2- "la envidia como afecto y mecanismo de defensa proyectivo" [...] y 3- "la envidia coartada en su fin, que puede llegar a un estancamiento de la libido 'biliar'... [acompañado de] el rasgo de carácter [...] amargado-envidioso, 'un envenenado'; [...] dentro del proceso que psicológicamente llamamos fracaso de la envidia" (Chiozza y colab. 1997d [1995]) págs. 49-50).

Este proceso puede ser exitoso o bien fallar. Describe esto último L. Chiozza diciendo: "Cuando el contenido ideal supera la capacidad hepática del yo para materializar, su descarga sobre este yo [...] es sentida como algo tremendamente peligroso y angustiante. Dicho en términos más habituales: si nuestros proyectos o ideas superan nuestros 'hígados' para convertirlos en algo concreto y material, una nueva idea imperativa que se suma a las anteriores es sentida como algo que nos enloquece, que nos destruye". Pero "si la idea no puede ser adecuadamente asimilada y materializada mediante un acto directo de incorporación [...] pueden ocurrir distintos desenlaces. Suele ocurrir que sea una idea que aturda, atonta, aletargue, 'pudra', destruya en cierta medida al yo, que queda entonces, por así decirlo, pegoteado con ella. Si el yo posee una mayor fuerza se disocia [...]. Si el yo posee una fuerza aún mayor, que equivale a un desarrollo más maduro, sale al encuentro de la idea traumática e intenta destruirla digestivamente, ataca los soportes materiales de la idea [...]" (Chiozza, 1984a [1970], págs. 56 y 62).

Esta breve descripción introduce, para el tema que nos ocupa, al extraño, al malo, al hostil, es decir, al "agresor" (el estímulo que supera la capacidad yoica) y a su víctima (el yo), a su acción (la envidia como afecto y la envidia coartada en su fin), y a su producción (un rasgo de carácter envidioso o una patología biliar).

Veamos etimológica y semánticamente algunas diferenciaciones.

El vocablo "**agredir**" (derivado del latín *aggrédi* y éste de *gradi*, es decir, "andar" ) significa "dirigirse a", "atacarle", lanzarse contra alguno para herirle, golpearle o causarle cualquier daño, generalmente, en un enfrentamiento individual. Esto se puede expresar en conductas como: "acuchillar", "azotar", "abofetear", asimismo "acosar", "insultar", "agredir de palabra" o "maltratar" con un ultraje de palabra o gesto (Corominas, 1990; DRAE, 1996; Moliner, 1986; Zainqui, 1985).

La acción de "agredir" genera una lesión o "**agresión**" (derivado del latín *agresio-ionis*) en cuanto es acometer a alguno para "matarlo", "lastimarlo". Dicho acto de agresión supone a dos sujetos: el "**agresor**" que actúa con "**agresividad**", es decir, con acometividad, y el "**agredido**" o víctima, el que puede intentar defenderse. Este encuentro será "**hostil**" (que significa "antagónico", "enemigo", "extraño"), violento, cruel (Corominas, 1990; DRAE, 1996; Gómez de Silva, 1988; Moliner, 1986).

Veamos algunos ejemplos de agresividad: **la llegada de un hermano y la guerra**. Freud describe elocuentemente: "El mayor maltrató al menor, lo denigró, le quitó sus juguetes; el menor se consumió en furia impotente contra el mayor, lo envidió y lo temió, o enderezó contra el opresor sus primeros conatos de libertad y conciencia de lo justo" (Freud, 1900a [1899]; p.260). El "nuevo" es considerado como el "intruso" al que se odia, es decir, que se experimenta un sentimiento violento de repulsión, antipatía, aversión, acompañado del deseo de causarle o de que le ocurra un daño deseado (DRAE, 1992; Moliner, 1990). El "otro" es el "enemigo" sobre el cual puede descargar su agresión.

No olvidemos que el niño recibe de la cultura familiar el mandato contrario a su impulso natural. Freud lo explica en "El Malestar de la cultura"(1930a [1929]) y así puede ser interpretado: "la clave de los malestares de la humanidad bajo el yugo de la cultura la proporciona uno de los pretendidos ideales de la sociedad civilizada. Dice: 'amarás a tu prójimo como a ti mismo'. Freud se pregunta cuál es el origen de una exigencia tan extraña e imposible, si no es la necesidad de combatir un instinto agresivo tan violento que amenaza con destruir tanto al individuo como a la sociedad? Mientras que Nietzsche había colocado la culpa a las puertas de la tradición judeocristiana, Freud la remonta a la agresividad que se encuentra en lo profundo del corazón del ser humano, y en la necesidad de la especie de manejar la agresividad de modo que permita que continúe la vida de la comunidad" (Cavell, 1993, pág. 318).

Es interesante reparar en el comentario de Racker (1976) al mandamiento cristiano en el cual se aparta de Freud y rescata los aspectos positivos del "amor al prójimo" para la técnica psicoanalítica. Considera que en la medida que el médico comprende se produce una unión mayor con el paciente. Éste aprende a amarse cuando el médico interpreta más allá de las palabras o actitudes de aquel, de modo que al sentirse más amado tiene una mayor capacidad para amar. Se modificará el superyó pues no es severo el mandamiento, sino es el superyó que lo vuelve tal. Este análisis es importante relacionarlo con lo que afirma el autor en otra parte del artículo y en especial para pensar en esta agresividad fraterna y posteriormente comunitaria. Racker considera que el hombre en cuanto se lo libera de sus temores, que son una de las fuentes de la agresividad, y se lo ayuda a distinguir la fantasía de la realidad, logra unirse más con sí mismo y con el prójimo.

Entre ambos hermanos, mayor y menor, se instalan la **envidia** y los **celos** que se expresan en comportamientos de **rivalidad**. Los celos y la envidia aparecen ligados a una misma fantasía inconciente. Ambos se relacionan estrechamente con procesos psicocorpóreos hepáticos.

Ambos se relacionan con representaciones hepáticas, como su vinculación con el tormento ante la dificultad de materializar. Ambos pueden ser nombrados con una misma palabra, así la palabra inglesa *jaundice* designa a la vez "envidia" y "celos", como así también "ictericia", "malicia", "susplicia" (Chiozza, 1984a [1970]). Ambos quedan asociados a los colores amarillo y verde (Weizsaecker, 1950). Ambos aparecen también entramados en la fantasía originaria de la escena primaria, y es M. Klein (1952) quien enfatiza que los celos se apoyan en la envidia, ya que el niño envidia el pecho de la madre por el placer que éste le depara y la cela cuando siente que deja de mirarlo para que el padre entre en la escena. La autora prosigue afirmando que los celos permiten elaborar la envidia y se constituyen en una defensa contra ésta ya que la hostilidad generalmente es proyectada contra los rivales como un modo de protección del objeto primario.

No podemos olvidar dice Freud que: "el niño es absolutamente egoísta, siente con máxima intensidad sus necesidades y tiende a satisfacerlas sin consideración a nadie y menos aún a los demás niños, sus competidores, entre los cuales se hallan en primera línea sus hermanos" (Freud, 1900a [1899], pág. 260). Posteriormente, argumenta: "Estas mociones primitivas tienen que andar un largo camino de desarrollo antes que se les permita poner en práctica en el adulto. Son inhibidas, guiadas hacia otras metas y otros ámbitos, se fusionan unas contra otras, cambian sus objetos, se vuelven en parte sobre la persona propia. Formaciones reactivas respecto de ciertas pulsiones simulan la mudanza del contenido de estas, como si el egoísmo se hubiera convertido en altruismo, y la crueldad, en compasión" (Freud, 1915b; pág. 283).

Así, bajo el influjo de la educación, de la cultura-como lo consigna el epígrafe- y a causa de la impotencia de llevar adelante tales impulsos, quedan éstos reprimidos y transformados de modo que las personas antes vividas como rivales se transforman en los primeros objetos eróticos homosexuales. De modo, que nacen los **sentimientos amorosos y sociales** -ternura y cariño- como reacciones contra los impulsos agresivos reprimidos (Freud, 1922b [1921]). Cuando la agresión se atempera, surge la unión de los hermanos en modalidades vitales que generan una **comunidad** cohesionada que se constituye en un contrapeso ante los padres; asimismo expresa la autonomía que encierra esta des-ligación para lograr otras ligazones; de igual modo esta camaradería marca preferencias ya que el padre es sustituido por el hermano y éste es el compañero de las travesuras, de las trapizondas (Groddeek, 1916-19).

Si la relación entre hermanos con sus conductas de rivalidad transidas de envidia y celos nos ofrecen una escena privilegiada para considerar la aparición de la agresión, indudablemente otra es la **guerra**. Freud ya comenzada la Primera Guerra Mundial reflexiona: "la guerra se injerta en esta desarmonía. Nos extirpa las capas más tardías de la cultura y hace que en el interior de nosotros nuevamente salga a la luz el hombre primordial.[...] Nos señala a los extraños como enemigos cuya muerte debe procurarse o desearse; nos aconseja pasar por alto la muerte de personas amadas. Pero la guerra no puede eliminarse [...]" (Freud, 1915b; pág. 300). Unos meses antes dice: "Esta guerra hace que me atreva a recordarle dos tesis sustentadas por el psicoanálisis [...] los impulsos primitivos, salvajes y malignos de la humanidad no han desaparecido en ninguno de sus individuos sino que persisten, aunque reprimidos, en el inconciente, y esperan las ocasiones propicias para desarrollar su actividad. [...] El intelecto es una cosa débil y dependiente, juguete e instrumento de nuestras inclinaciones pulsionales y afectos, y que todos nos vemos forzados a actuar inteligentemente o tontamente según lo que nos ordenan nuestras actitudes y resistencias internas" (Freud, 1915b; págs. 302-3). Así, esta magna discordia que es la guerra nos "vuelve" al lugar de la infancia y desde allí remite al tiempo primordial de la humanidad, metafóricamente a la guerra entre monos y cerdos (Clarke). Así, podemos pensar que lo que se "avanzó" debido a la acción de la educación y a las fuerzas culturales se deshace por doquier porque su fuerza incontrolable violentó los diques que lo contenían. Así, el que está enfrente es visto como el enemigo, aún cuando tengan la misma sangre, o sea con quien trabaja, o sea su pareja sexual. Esta expresión de la **pulsión de agresión**-como consta en el epígrafe-genera la guerra pero también la desunión entre los hermanos y en la sociedad, genera la destrucción de los vínculos, pues es el subrogado de la pulsión de muerte (Freud, 1930a [1929]). Al modo de una metáfora matemática, podemos pensar que sobre el modelo de esta pulsión se constituye la idea del conector lógico "o", (disyunción: lo uno o lo otro) a diferencia del sentido del conector "y" (conjunción: lo uno y lo otro).

Pero, la agresión no tiene sólo una finalidad destructiva, pues como veremos, debido a la **mezcla de las pulsiones** también su direccionalidad apunta a construir, a unir. Asimismo, sólo se construye destruyendo algo previo, para que pueda aparecer lo nuevo.

Por ejemplo, la pregunta que nace de la curiosidad infantil: ¿de dónde vienen los niños? surge ante la llegada de un hermano propio o en la casa vecina. Pero siempre está sostenida por la pulsión de saber o de investigar, que es en parte sublimación de la **pulsión de apoderamiento** y en parte recibe la energía de la pulsión de ver (Freud, 1905d). Pero, la **pulsión de apoderamiento** también se descarga en comportamientos crueles, por ejemplo, con los animales, con los niños menores, con el personal de servicio.

Asimismo, como lo analizamos después, la **agresión** está presente en la alimentación, en el coito, en la enseñanza, en la interpretación psicoanalítica. En cada uno de estos ejemplos puede ser considerada al servicio de la vida; es decir, como una energía única -tema que desarrollamos más adelante- que se diferenciará al recorrer las estructuras inconcientes (Chiozza, 1984a [1979]) ya como impulso agresivo o erótico.

### III- PULSIONES. PULSIÓN DE AGRESIÓN

Con la instalación del superyó, montos considerables de la pulsión de agresión son fijados en el interior del yo y allí ejercen efectos autodestructivos. Es uno de los peligros para su salud que el ser humano toma sobre sí en su camino de desarrollo cultural. Retener la agresión es en general insano, produce un efecto patógeno (mortificación) (Freud, 1940a [1938], pág. 148).

Siguiendo los desarrollos ya considerados acerca de:- un psiquismo fetal "estructurado en torno a una única función: '**materializar ideas**' " (Chiozza, G., 1998f [1976], pág. 379) y -"la **inclinación agresiva es una disposición pulsional** autónoma, originaria, del ser humano" (Freud, 1930a [1929], pág.117) se hace necesario considerar la **pulsión de agresión** en el contexto más general de la teoría de las pulsiones.

#### **Texto introductorio**

Elegí el texto siguiente de "Esquema de Psicoanálisis", que Freud escribe a los 82 años, porque resume y recrea de modo magistral su teoría, de modo que al glosarlo aparecen los distintos aspectos de su pensamiento, en este caso su "Doctrina de las pulsiones". Dice de las mismas: "Llamamos pulsiones a las fuerzas que suponemos tras las tensiones de necesidad del ello. Representan {*repräsentieren*} los requerimientos que hace el cuerpo a la vida anímica. Aunque causa última de toda actividad son de naturaleza conservadora; de todo estado alcanzado por un ser brota un afán por reproducir ese estado tan pronto se lo abandonó [...] Para nosotros es sustantiva la posibilidad de que todas esas múltiples pulsiones se puedan reconducir a unas pocas pulsiones básicas. [...] Hemos averiguado que las pulsiones pueden [...] sustituirse unas a otras al traspasar la energía de una pulsión sobre otra. [...] nos hemos resuelto a aceptar sólo dos pulsiones básicas: *Eros* y *pulsión de destrucción*. La meta de la primera es producir unidades cada vez más grandes y, así, conservarlas, o sea, una ligazón {*Bindung*}; la meta de la otra es, al contrario, disolver nexos y, así, destruir las cosas del mundo [...] transportar lo vivo al estado inorgánico; por eso también la llamamos *pulsión de muerte* [...] responde a la fórmula consignada, a saber, que una pulsión aspira al regreso a un estado anterior. [...] En las funciones básicas producen efectos una contra la otra o se combinan entre sí. [...] Alteraciones en la proporción de mezcla de las pulsiones tienen las más palpables consecuencias" (Freud, 1940a [1938], págs. 146-7).

#### **Pulsión ¿Dualismo de pulsiones o energía única?**

Tengamos en cuenta el comienzo de este texto introductorio: "Llamamos pulsiones a las fuerzas que suponemos tras las tensiones de necesidad del ello. Representan {*repräsentieren*} los requerimientos que hace el cuerpo a la vida anímica" (Freud, 1940a [1938], págs. 146-7).

Brevemente consideremos cómo llega a esta concepción. Para nominar a la noción de "pulsión" (Bettelheim, 1983; Chiozza, 1995g [1983]; Etcheverry, 1985; Laplanche y Pontalis, 1983) entendida como cualidad de orientación general más que de dirección a un fin u objeto específicos y entendida como el "empuje" con carácter de irrepresible



e incontinente, propone el término *Trieb* dejando de lado al vocablo *Instinkt*. En 1905 en "Tres Ensayos" (Freud, 1905d) utiliza por primera vez dicho término conjuntamente con las distinciones (que mantiene a lo largo de su obra) entre "fuente", "objeto" y "fin". Posteriormente, en "Pulsiones y destino de pulsiones" añade a las distinciones anteriores: "su emergencia como fuerza constante" y consecuentemente que no puede ser contenida o sujeta, es decir, "su incoercibilidad por acciones de huida" (Freud, 1915c, pág. 115). Más adelante dice: "la 'pulsión' nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante {*Repräsentant*} psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal" (Freud, 1915c, pág. 117). En el '20 redefine la naturaleza de las pulsiones pues les es propio-como es claro en la de muerte- el volver a un estado anterior. Años después en "Nuevas Conferencias" afirma que: "las pulsiones son seres míticos, grandiosos en su indeterminación" (Freud, 1933a [1932]; pág. 88).

Pero esta mitología le permite dar cuenta de cómo la tensión generada por las necesidades elíctas insatisfechas se convierten en la fuerza que surgiendo del cuerpo, de cada uno de sus órganos, de cada centímetro de su piel exige, demanda y requiere una satisfacción a la vida anímica. Asimismo, las pulsiones tienen un carácter conservador impreso por el principio de constancia, es decir, que son fuerzas que tienden a eliminar las tensiones, a evitar su aumento defendiéndose de esto, hasta el extremo de intentar que dicha tensión se reduzca a cero ( principio de nirvana) (Freud, 1920g). Sin embargo, hay fenómenos que no podrían explicarse sólo a través de estos principios como el hambre de estímulos que se observa claramente en la sexualidad.

Digamos una palabra ya no de la "fuente" sino del "objeto" y de la "meta". El primero es variable, contingente y logra una mayor estabilidad en función de las vicisitudes históricas del sujeto. La segunda introduce el tema de la cualidad, ya que "la pulsión se caracteriza por su cualidad y no por su cantidad [...] tienen metas específicas [...] son cualitativamente diferentes, no son mera cantidad" (Chiozza, 1995r [1993], pág. 228)

Es interesante en relación a la "necesidad del ello" tener en cuenta la posición de Racker (1957). Para éste "la carencia es lo primario, y a partir de ella se origina la necesidad del instinto, el deseo de comer un objeto exterior para salvaguardar al propio organismo" (Chiozza, 1984a [1970] , pág. 104). Esta situación la ha "descrito con el nombre de 'vivencia depresiva primaria', [consiste en] la percepción de la destrucción que ya se ha realizado interiormente. La carencia sería [...] aún anterior a la necesidad instintiva, como lo sugiere [...] la voz alemana *notwendig-keit*, donde necesidad significa 'trastruque de la miseria'. Habría así [...] una 'disposición a ser destruido' interiormente, anterior a una 'disposición a ser frustrado' en los deseos orientados hacia los objetos externos" (Chiozza, 1984a [1970], pág. 171). De esto se puede inferir la anterioridad del movimiento destructivo en relación a la experiencia de frustración.

Volvamos al texto introductorio: "**Para nosotros es sustantiva la posibilidad de que todas esas múltiples pulsiones se puedan reconducir a unas pocas pulsiones básicas. [...] Hemos averiguado que las pulsiones pueden [...] sustituirse unas a otras al traspasar la energía de una pulsión sobre otra. [...] nos hemos resuelto a aceptar sólo dos pulsiones básicas: Eros y pulsión de destrucción**".(Freud, 1940a [1938], págs. 146-7). Si bien, el concepto de pulsión Freud lo plasma sobre el modelo de la sexualidad no podemos dejar de lado que la teoría de las pulsiones fue dualista, tanto cuando considera que la pulsión sexual se "apoya" en la pulsión de

autoconservación (Freud, 1905d; 1910i; 1914c), de modo que el conflicto psíquico surge como expresión de un yo que encuentra en estas últimas la energía para defenderse de la sexualidad; como cuando introduce el dualismo entre pulsiones de vida y de muerte (Freud, 1920g). Pero, si "la energía puede traspasarse de una a otra" esto nos abre a otros cuestionamientos.

Aquí es importante tener en cuenta, que cuando introdujo la noción de "libido del yo" o "libido narcisista", y ya la energía de las "pulsiones del yo" no era la libido sino el "interés" (Freud, 1914c), Freud se acercó a la teoría monista de la pulsiones sostenida por Jung (Freud, 1923a [1922]). Chiozza nos explica este pasaje desde el dualismo teniendo en cuenta: "la afirmación de Freud acerca de que Eros desexualizado, bajo la forma de libido narcisista, constituye una energía indiferente en sí, y desplazable, que puede agregarse a un impulso erótico o destructor, cualitativamente diferenciado, e intensificar de este modo su carga general [...]. Podemos pensar que una misma energía se transforma o se desplaza cargando las estructuras inconscientes que constituyen el substratum de los diferentes instintos" (Chiozza, 1984a [1970]), pág. 419).

Continúa diciendo dicho autor: "Si consideramos que para Freud (1924a) 'también la excitación provocada por el dolor y el displacer ha de tener una tal consecuencia (aportar algún componente a la excitación del instinto sexual)', podemos suponer que aún aquellas energías al servicio de los instintos de muerte, en ciertas condiciones de la economía tánato-libidinosa, pueden contribuir con una magnitud determinada a la excitación del instinto sexual. Los conceptos postulados por Freud acerca de la existencia de una misma energía indiferente y desplazable, [...] pueden integrarse con sus afirmaciones expresadas en Tótem y tabú [...] acerca del maná como expresión de una terrible fuerza cuya descarga es peligrosa sólo en la medida en que el organismo que la provoca no sea suficientemente fuerte para resistirla. Teniendo en cuenta estas consideraciones, podemos concluir aceptando que una misma excitación [...] puede ser considerada beneficiosa o perjudicial según la capacidad que posea el yo para asimilar o elaborar dicha excitación, mediante una identificación o relación de objeto exitosas" (Chiozza, 1984a [1970], pág. 463).

### ***Pulsión de vida y de muerte***

Volvamos al texto introductorio: "Aunque causa última de toda actividad [...] La meta de la primera es producir unidades cada vez más grandes y, así, conservarlas, o sea, una ligazón {Bindung}; la meta de la otra es, al contrario, disolver nexos y, así, destruir las cosas del mundo [...] transportar lo vivo al estado inorgánico" (Freud, 1940a [1938], págs. 146-7). Freud a partir de esa doble causa eficiente dará cuenta de cómo se une y desune, cómo se construye y destruye, cómo se liga y desliga, cómo el propio amor de objeto introduce la polaridad amor (ternura) y odio (agresión); cómo lo inerte antecedió a la vida y cómo ésta aspira a volver a su estado anterior.

Freud, diez años después de publicar "Más allá del principio de placer", afirma en "El malestar en la cultura" (1930a [1929]), comentando al Fausto de Goethe, la identificación del Diablo -como principio del mal- con la fuerza destructora y su opuesto como la fuerza para engendrar vida-Eros-, y no, como podría suponerse, lo sagrado, o el bien.

Esta dualidad pulsional freudiana tiene sus raíces tanto en la filosofía, en la literatura, en la biología, pero también en la práctica psicoanalítica de los años anteriores a su propuesta.

Freud en "Análisis terminable e interminable" (1937c) cita como antecedente de esta dualidad a Empédocles de Acragas (495 a.C). Es importante aquí aludir brevemente al autor griego quien propone un cosmos, que partiendo de la unidad llega a la pluralidad, en el que la división dentro de la unidad generó al fuego, agua, tierra y aire, como así también a la funesta Discordia o Disputa y al Amor o Concordia. Cada uno de estos principios con sus propiedades predomina alternativamente y las cosas cambian constantemente por su acción.

Pero Freud no sólo se apoya en la filosofía sino como lo afirma en "Dos artículos de la Enciclopedia" (Freud, 1923a [1922]) considera las conclusiones de la biología para reflexionar acerca de los procesos que constituyen la vida y conducen a la muerte, mostrando el accionar de estas dos pulsiones en la construcción y destrucción del organismo. La vida sería manifestación del conflicto entre ambos venciendo los de muerte cuando impera la destrucción y los de vida cuando se logra la reproducción.

Es fascinante pensar cómo los distintos movimientos del hombre con lo "exterior" a él, sea otro sujeto humano o una realidad natural-cultural, como así también "dentro" de sí sea ya desde la unión de las gametas a la unión-desunión en las relaciones de objeto, y sea también más allá del hombre mismo, en el cosmos. Todo puede ser concebido a través de estos movimientos: amor-odio, concordia-discordia, diablo-eros, construcción-destrucción, vida-muerte.

Si bien Freud introdujo recién en 1920 el concepto de pulsión de muerte en "Más allá del principio de placer" (1920g) ya diversas nociones prepararon esta "novedad". Entre las cuales (Laplanche y Pontalis, 1983) se pueden nombrar:

- "ambivalencia de los afectos" Con esta noción da cuenta de la presencia de actitudes y sentimientos opuestos, como amor y odio, en la relación con un mismo objeto.

- "agresividad". Es la tendencia que se actualiza en conductas reales o fantaseadas dirigidas a dañar, destruir, contrariar, humillar.

- "sadismo-masochismo". Es reconocido por Freud ya en "Tres Ensayos" (1905d) como par un antitético en la evolución de la libido y como una perversión. Esta expresión pone de relieve una realidad que funciona de modo simétrico y complementario.

- "compulsión a la repetición". Ocupa un papel preponderante en 1920, pero ya estaba preformada, por ejemplo, en las consideraciones de los rituales del neurótico obsesivo (Freud, 1895h), en el síntoma histérico como "símbolo mnémico" (Freud, 1895d, 1908a), en el "retorno de lo reprimido" (Freud, 1915d), en la neurosis traumática y en la de destino (Freud, 1914g).

- "odio". Éste tiene una presencia incontrovertible en el alma humana, pero no podía explicarlo desde la pulsión sexual; de modo, que en 1915 en "Pulsiones y destino de pulsiones" (Freud, 1915c) indicará que proviene de la lucha del sujeto para lograr afirmarse y conservarse en la vida.

A las nociones teóricas nombradas arribó ya desde sus primeras experiencias clínicas en el tratamiento de neurosis y de la melancolía.

Consiguientemente, si bien Freud propone a la pulsión de muerte como una consideración teórica (Freud, 1930a [1929]) su presencia se le imponía de un modo insoslayable.

Veamos cómo lo expresa en "Más allá del principio de placer": "Desde siempre hemos reconocido un componente sádico en la pulsión sexual; según sabemos, puede volverse autónomo y gobernar en calidad de perversión la aspiración sexual íntegra de la persona. Y aún se destaca, como pulsión parcial dominante, en una de las que se ha llamado 'organizaciones pregenitales'. Ahora bien, ¿cómo podríamos derivar del Eros conservador de la vida la pulsión sádica, que apunta a dañar al objeto? ¿No cabe suponer que ese sadismo es en verdad una pulsión de muerte apartada del yo por el esfuerzo y la influencia de la libido narcisista, de modo que sale a la luz sólo en el objeto? Después entra al servicio de la función sexual" [...] (Freud, 1920g, pág. 52). Y sigue argumentando: en el estadio oral la organización libidinal coincide con el apoderamiento erótico, es decir, con la destrucción del objeto; pero posteriormente, la pulsión sádica, al sobrevenir la primacía genital y cuando el interés recae en la procreación, intenta dominar al objeto para la ejecución del acto sexual. Se podría decir que al sadismo, expulsado del yo, le ha sido marcado el camino por los componentes libidinosos del instinto sexual, los cuales tienden luego hacia el objeto. Allí donde el sadismo primitivo no se ha mitigado o fusionado permanece la ambivalencia "amor-odio" de la vida erótica. Dicha polaridad, que ya había analizado antes del '20, reproduce la dualidad "placer-displacer". Superada la etapa puramente narcisista por la objetal, surge dicha polaridad de las relaciones del yo con el objeto. Cuando el objeto es fuente de sensaciones de placer, emerge una tendencia motriz que intenta acercarlo e incorporarlo al yo. En consecuencia, cuando vivenciamos la "atracción" ejercida por el objeto productor de placer afirmamos que lo "amamos". Inversamente, cuando vivenciamos displacer, necesitamos distanciarnos, huir; experimentamos "repulsa" del objeto y lo odiamos hasta el punto de generar el propósito de destruirlo (Freud, 1915c).

Aquí no podemos menos que recordar a Schopenhauer y Nietzsche en los que Freud reconoció conclusiones semejantes, a pesar de haberlo leído tarde en su vida al primero o rehuido los trabajos del segundo (Freud, 1925d [1924]).

A pesar del anclaje que Freud propone para esta dualidad pulsional todavía en 1933 en las Nuevas Conferencias (1933a [1932]) se pregunta por qué tardó la comunidad psicoanalítica en reconocer la pulsión de agresión en la teoría aún cuando su presencia era tan evidente en la amplitud del mundo y en la clínica en particular. Expresa allí que esta formulación es escuchada como una novedad indeseable, esta interpretación la explica como una resistencia proveniente de prejuicios religiosos, culturales, sociales que consideran al hombre como un ser bueno y manso, y que sólo en ocasiones se muestra cruel y violento, como consecuencia de los regímenes sociales.

Sin embargo, este planteo acerca de la pulsión de muerte fue iluminador para otros psicoanalistas. Dice Chiozza: "Melanie Klein (1952c, 1954) ha insistido repetidamente, en el concepto, implícito en Freud, de que el niño al nacer debe proyectar, para sobrevivir, el instinto de muerte hacia afuera. Aún antes del establecimiento de la posición paranoide-esquizoide, iniciada por la proyección descrita, el niño percibe según Klein, la acción del instinto de muerte en su interior.[...] Si pensamos en términos biológicos, podemos representarnos al instinto de muerte como uno de los causantes de la destrucción constante de las proteínas del ser vivo -catabolismo-. Este 'tender a lo inorgánico', fusionado con cierta cantidad de instintos de vida, es el masoquismo primario (Freud, 1920, 1924a), que puede ser experimentado, por ejemplo, como hambre, y en un plano 'psicológico', como hambre que corroe o devora (Garma, 1954; Racker, 1957) [...] Evidentemente el vehículo más efectivo para esa proyección del instinto de muerte, en el recién nacido, lo constituye el acto de comer. La realización del instinto de muerte en una sustancia orgánica ajena evita la destrucción de la propia en reposición de la energía que se 'gasta' en el vivir, y la

incorporación adquiere así el significado de una defensa frente a los instintos de muerte" (Chiozza, 1984a [1970], pág. 171-72)

Más allá de la tradición de esta dualidad muerte-vida, al explicar el conflicto psíquico casi la elimina a favor de la fuerza de Eros sino fuera por la presencia del sadismo en ésta (Freud, 1923b); o bien, no juegan estas pulsiones un papel preponderante en la dinámica de las neurosis (Freud, 1923b); o, en las relaciones entre las instancias -ello, yo, superyó-.

En el texto introductorio leemos: **"son de naturaleza conservadora; de todo estado alcanzado por un ser brota un afán por reproducir ese estado tan pronto se lo abandonó. [...] [La] pulsión de muerte [...] responde a la fórmula consignada, a saber, que una pulsión aspira al regreso a un estado anterior"**(Freud, 1940a [1938], págs. 146-7). Es importante considerar la hipótesis que el ser vivo apareció posteriormente al no- vivo y que toda pulsión tiende estructuralmente a reproducir un movimiento, que imprime en el sujeto una vuelta al estado anterior, es decir, a lo inorgánico; entonces los seres vivos morimos como consecuencia de nuestra misma organización, es decir, no por causas externas (Freud, 1920g); de allí uno de los sentidos de las palabras del epígrafe en donde se acentúa la peligrosidad de nuestro interior.

Pero cómo se relacionan las pulsiones entre sí: **"En las funciones básicas producen efectos una contra la otra o se combinan entre sí. [...] Alteraciones en la proporción de mezcla de las pulsiones tienen las más palpables consecuencias"** (Freud, 1940a [1938], págs. 146-7). La libido (Freud, 1923b, 1924c) se mezcla con la pulsión de muerte volviéndola inocua y desviándola- con ayuda de la musculatura- hacia afuera, así queda neutralizada por la mezcla con los componentes eróticos; recibe el nombre de pulsión destructiva o destructora, pulsión de agresión, de apoderamiento, voluntad de poder. Un aspecto de esta pulsión trasladada hacia afuera se pone al servicio de la función sexual y genera el sadismo propiamente dicho; pero, otro aspecto que no admite este traslado, permanece en el interior y enlazado libidinosamente genera el masoquismo erógeno, originario. Años antes ya en "Tres ensayos" (Freud, 1905d), como dijimos, había analizado el par "sadismo-masoquismo". No obstante, la sexualidad necesita para ejercerse eficazmente de una mezcla de agresión, de tendencia a dominar para vencer la resistencia del objeto sexual. El comportamiento sádico surge de este componente agresivo de la pulsión sexual que se independiza de tal modo que logra el placer de modo perverso, es decir, sólo a través del trato humillante y desconsiderado a su objeto. Este modo perverso aparece siempre conjuntamente en la misma persona, de modo que sus dos formas- activa y pasiva- coexisten en el mismo sujeto, que es sádico y al mismo tiempo masoquista, y al contrario.

Ambas pulsiones (Freud, 1923b; 1926d [1925]) se conectan, se ligan, se mezclan entre sí en proporciones variables, por ejemplo, en el coito se combinan la agresión de la penetración con la aspiración amorosa de una íntima unión; así lo comentaba Freud en la "Gradiva" cuando Norbert Hanold tomando el rostro de Zoe entre sus manos le besa la mejilla y los labios, poniendo en "obra la agresión que es infaltable deber del varón en el juego del amor" (Freud, 1907a [1906], pág.32). Pero, la mezcla de ambas permite también su desmezcla, como ocurre en las perversiones, sea el voyeur o el exhibicionista. Esta interacción sinérgica y antagónica genera toda una variedad de fenómenos vitales y da cuenta también de la polaridad atracción-repulsión propia del mundo inorgánico. Las modificaciones en la proporción de la mezcla-desmezcla de las pulsiones acarrea decisivas consecuencias en la vida del sujeto y en su interacción

con el mundo. Recordemos, por ejemplo a Juanito y a Leonardo en los artículos respectivos que escribe Freud.

El padre de Juanito (Freud, 1909b) dice que aunque asoman conductas sádicas, el niño no es un malvado ya que logró la transformación de la agresión en compasión. Esto le da ocasión a Freud para reflexionar acerca de la vida afectiva humana colmada de antítesis, como en este caso coexisten yuxtapuestos en el niño el deseo de la muerte de su padre y el cariño apasionado que le merece. Un año después cuando analiza "Un recuerdo infantil de Leonardo" (Freud, 1910c) considera las varias contradicciones de su carácter, como su inactividad e indiferencia en relación a sus logros, la evitación de toda clase de competencias y disputas. Era bondadoso y afable, no probaba la carne, liberaba a los pájaros que compraba en el mercado, reprobaba la guerra; pero acompañaba a los condenados hacia el cadalso para estudiar sus fisonomías.

Volvamos a la teoría. Se puede suponer un estado inicial en el yo-ello indiferenciado en el que toda la energía disponible de Eros (llamada libido) neutraliza las pulsiones agresivas con las que allí coexisten (Freud, 1940a [1938]). La libido persigue diferentes destinos que son accesibles al observador en la clínica: el trastorno hacia lo contrario, la vuelta hacia la misma persona, la represión y la sublimación (Freud, 1915c). Pero, es más difícil perseguir los destinos de la pulsión de destrucción (Freud, 1940a [1938]). Pues, como pulsión de muerte cuando se dirige al interior del mismo sujeto actúa muda; pues, sólo se nos manifiesta cuando, a través del sistema muscular sale hacia el mundo exterior para lograr la conservación del individuo, allí lo hace como pulsión de destrucción. Así, el acto de comer, como dijimos, busca la destrucción del objeto, aunque con la intencionalidad final de su incorporación. La unión de las pulsiones consiste en una mezcla, fusión, alianza, combinación en distintas proporciones, constituyéndose al modo de una serie complementaria. Pero, la desunión como separación es el resultado de un proceso que otorga a cada pulsión la autonomía de su fin.

Otro ejemplo puede aclarar estos aspectos. Piaget (1975) describe el aprendizaje como un movimiento de "asimilación" y "acomodación". El niño incorpora el objeto a los esquemas de conducta o de actividad propia, es decir, en los primeros meses cuando se le presenta un objeto lo intenta incorporar al esquema de conducta "chupar" o "manipular". Pero, también modifica los movimientos en función de los movimientos y posiciones exteriores. Podría pensarse que si no hay movimientos de acomodación y persiste en su modo de tratar al objeto con sus esquemas anteriores, queda sumido en la soledad de su narcisismo y pronto encontrará la muerte. Sin embargo, sus esquemas anteriores deben morir, transformarse, para que lo nuevo aparezca, sabiendo que prontamente serán sustituidos en este proceso catabolismo-anabolismo. Asimismo, lo expresan Chiozza y colaboradores cuando dicen: "una idea nueva, necesita inevitablemente, para sobrevivir, luchar contra la resistencia que le oponen las antiguas. Del mismo modo debe luchar un psicoanalista contra las resistencias del paciente que defiende, de buena fe, su neurosis, ya que ella constituye, también, una construcción vital, que le ha permitido, en el pasado, defenderse de la destrucción" (Chiozza y colab. 1997d [1995], pág. 64).

### **Pulsiones de vida y de muerte. Fases de la libido**

Consideraremos ahora el valor de esta nueva dualidad pulsional en relación a las fases de la libido, que ya habían sido descritas por Freud.

Freud sostiene que durante la "[...] fase 'oral', entran en escena, con la aparición de los dientes, unos impulsos sádicos aislados. Ello ocurre en medida mucho más vasta en la segunda fase, que llamó 'sádico-anal' porque aquí la satisfacción es buscada en la agresión y en la función excretoria. Fundamos nuestro derecho a anotar bajo el rótulo de la libido las aspiraciones agresivas en la concepción de que el sadismo es una mezcla pulsional de aspiraciones puramente libidinosas con otras destructivas puras, una mezcla que desde entonces no se cancela más" (Freud, 1923b; pág. 152). Es importante señalar aquí los desarrollos posteriores logrados a partir de esta puntualización. Chiozza y colaboradores al estudiar los "Significados inconcientes específicos de las enfermedades dentarias" analizan la fase oral secundaria a la luz de los aportes de Freud, Abraham, Klein y Aberastury. Dicen: "Abraham (1924), [...] considera diferentes modos evolutivos de trato con el objeto. Destacaremos: [...] Una primera etapa autoerótica exenta de inhibiciones pulsionales, ya que no hay una real relación de objeto. Una segunda, cuyo fin sexual es canibalístico (canibalismo total), con evidencias de inhibición pulsional bajo la forma de ansiedad. Una tercera fase en que el proceso de dominar los impulsos canibalísticos está íntimamente asociado con el sentimiento de culpa. Esta tercera etapa, cuyo fin sexual lo constituye la incorporación de una parte del objeto (canibalismo parcial), es abandonada cuando los sentimientos de piedad y disgusto surgen en el individuo y le impiden esta forma de actividad libidinoso. Una cuarta etapa, bajo el signo de la organización sádico-anal, en la cual el fin de dominar al objeto se independiza del acto de comer y se transforma en un fin en sí mismo. La posesión que sustituye a la devoración significa también un progreso en el sentido social, ya que permite por primera vez la posibilidad de compartir la posesión de un objeto. Por el método de la devoración, el objeto sólo puede pertenecer a una persona" (Chiozza y colab. 1997d [1995]; pág. 40).

Los autores (Chiozza y colab. 1997d [1995]) prosiguen con el análisis de los aportes de Klein (1932; 1936; 1945) quien sostiene, a diferencia de Freud y Abraham, que en la fase oral de succión está presente tanto el sadismo como el amor. En el contexto de la escuela inglesa, la psicoanalista argentina Aberastury (1958, 1964) postula una "fase genital previa", que coincide con la eclosión dentaria. Enfatiza que el nacimiento de los dientes posibilitan la concreción de fantasías destructivas y canibalísticas que modifican la relación con el objeto-madre, que se acompaña de la incipiente irrupción del tercero constituyendo tempranamente el triángulo edípico. Estas fantasías que aparecen con las excitaciones orales y genitales ayudan a la generación de la ecuación simbólica diente-pene. El niño experimenta que hincó su diente y produce heridas, gritos o llanto, al punto que se acelera el destete.

Chiozza y colaboradores consideran que "ontogenéticamente, en la fase oral canibólica, la eclosión dentaria que significa un incremento de la capacidad de dañar, y la percepción de esa nueva capacidad, condicionan cambios en la relación con los objetos y en el dominio de las mociones pulsionales" (Chiozza y colab. 1997d [1995]; pág. 43). Es importante aquí considerar el significado de los dientes que "son una herramienta para la incorporación-degradación del alimento y participan en la primera parte del proceso de 'lograr que algo sea asimilable'. [...] Con la primera [dentición], el niño ingresa en la fase oral secundaria, oral-sádica o canibólica. Esta fase se caracteriza por el primado de una excitación oral nueva, diferente a la que reinaba en la fase de succión. [...] Esta excitación [...] suele devenir placentera y dolorosa a la vez, paulatinamente, se va desplazando hacia los dientes y se descarga, entonces, en el ejercicio de la función propia de estos: morder y masticar" (Chiozza y colab. 1997d [1995]; págs. 86-7). "Filogenéticamente, el banquete totémico, símbolo encubridor de la traumática devoración del padre, significó un progreso cultural que permitió, a través de la disociación eidético-material, una nueva forma de identificación que preserva la integridad física del objeto modelo" (Chiozza y colab. 1997d [1995]; pág. 43). A modo de representación, recordemos la escena de los monos hambrientos, comiendo sólo

frutas e hierbas, sin garras, colmillos, ni garrotes, ante un abundante alimento que no "podían" asir (Clarke).

Asentemos algunos conceptos acerca del "narcisismo" y de las "relaciones de objeto".

Freud descubre el "**narcisismo**" cuando trata a Schreber (1911c [1910]), sigue con algunos desarrollos en "Totem y Tabú" (1912-13), pero introduce su concepto en el conjunto de la teoría en "Introducción del narcisismo" (1914c). Allí afirma la posibilidad que la libido-cuyo reservorio es el yo- lo recargue pero retirando las catexias de los objetos. Para aclarar este concepto utiliza una metáfora: las catexias del yo se comportan como el cuerpo de un animal unicelular que emite pseudópodos, y así se cumple el principio de conservación de la energía libidinal. En estas obras citadas y utilizando todavía el modelo del aparato psíquico como lo describió en "La Interpretación de los Sueños", Freud establece el narcisismo como una fase en la evolución psicosexual entre el autoerotismo y el amor objetal. Pero, con la introducción del ello (1923b) ya no diferencia entre autoerotismo y narcisismo, aunque no abandona la simultaneidad del narcisismo y la formación del yo; de allí que diferencie al "primario" del "secundario".

Años después Chiozza se pregunta: "Entre el planteo metapsicológico del narcisismo, como el amor del ello que recae sobre el yo, y lo que muestra el Mito, en el cual Narciso no se enamora de sí mismo, sino de su imagen en el estanque, tal como la ven los demás, ¿no existe entonces una contradicción?". Continúa el autor: "El concepto que Freud construye y denominamos 'narcisismo' me parece válido tal como lo concibe, metapsicológicamente, en relación con el ello, con el yo, con el yo ideal, con las investiduras, con la introversión, con la elección de objeto y con la identificación [...]. Sin embargo, me parece que ésto que llamamos narcisismo no es lo más importante de lo que le pasaba a Narciso. Es decir, que esta es una verdad metapsicológica, útil, pero equivocada con respecto a lo que es esencial en Narciso. [...] [Pero] el Mito de Narciso [...] nos aporta [que] ese amor de Narciso, es simultáneamente enajenarse de sí mismo y abandonar a los otros [...]" (Chiozza, 1995g [1983] Obras completas de Luis Chiozza Edición CD ROM, IN CONTEX informática documental, record 5063-5093).

Es decir, que Narciso se enamora de su imagen, de como lo ven los otros; pero se abandona a sí mismo y se aleja de los otros. Pero, por aquello de que nada es unilateralmente "negativo" para el psiquismo, hay una forma de narcisismo que permite al sujeto no sólo cuidarse y seguir existiendo sino salir de sí y amar a los objetos en su modo de ser. Prosigue Chiozza: "¿a quién debería amar el señor N (que en Narciso habita). A ese objeto 'E' del amor N, objeto que metapsicológicamente denominamos 'Yo'" (Chiozza, 1995g [1983] Obras completas de Luis Chiozza Edición CD ROM, IN CONTEX informática documental, record 5063-5093). Continúa diciendo: Ese objeto "E" es el objeto del amor del Ello, es "él" que soy, pero no coincide plenamente con el que he aprendido que soy. "E" es más que un yo, pues surge del entramado de los deseos propios y de los ajenos. Así, no sólo distingue Chiozza "narcisismo primario" del "narcisismo secundario", sino que propone un "narcisismo terciario".

Si bien Freud sólo ocasionalmente habló de las **relaciones de objeto** como en "Duelo y Melancolía" (1917e [1915]), se puede ubicar dicho concepto en su cuerpo teórico. Ya que, como hemos dicho, al tratar acerca de las pulsiones analiza su "fuente", "objeto" y "meta", a través de caracterizaciones que sólo sintéticamente antes apuntamos. Las "relaciones de objeto" designan al modo de relación del sujeto con el mundo en la que intervienen los objetos fantaseados y las relaciones con éstos, las ansiedades que



surgen en ese trato, las defensas ante ellos; es decir, que son el resultado complejo de la organización de la personalidad. A Klein la relación con el objeto (angustia persecutoria y escisión defensiva) le permite definir las posiciones: paranoide-esquizoide y depresiva. La dualidad pulsional freudiana (vida y muerte) y la presencia de procesos arcaicos (introyección y proyección) anteriores a toda experiencia (de frustración o de gratificación) le permiten introducir la escisión entre "objeto bueno" y "objeto malo" (Hinshelwood, 1989).

### ***Pulsiones de vida y de muerte y las relaciones intrapsíquicas***

Freud sostiene que no se puede "[...] circunscribir una u otra de las pulsiones básicas a una de las provincias anímicas. Se las tiene que topár por doquier. Nos representamos un estado inicial [...]: la íntegra energía disponible de Eros, que desde ahora llamaremos libido, está presente en el yo-ello todavía indiferenciado y sirve para neutralizar las inclinaciones de destrucción simultáneamente presentes.[...] Con la instalación del superyó, montos considerables de la pulsión de agresión son fijados en el interior del yo y allí ejercen efectos autodestructivos" (Freud, 1940a [1938]; págs. 147-48).

Aún antes de considerar al superyó, instancia que forma parte de la segunda tópica, había reconocido la importancia en el conflicto psíquico de la función de prohibir la realización de los deseos (Freud, 1900a [1899]), había asimismo observado tanto en las neurosis obsesiva los autorreproches y los sentimientos de culpa inconcientes (Freud, 1906b), como los delirios de autoobservación en la melancolía y el duelo patológico (Freud, 1917e [1915]). Es decir, que las funciones de juez, censor, crítico, atribuidas al superyó (Freud, 1923b) ya estaban presentes desde sus primeros escritos, pero en 1923 encuentran un "lugar" determinado.

Es importante aquí tener en cuenta que el superyó comprende las funciones de prohibición, de ideal, es decir, que es la instancia que encarna la ley y prohíbe su transgresión. Ya que se constituye cuando el niño, renunciando a la satisfacción de los deseos edípicos, se identifica con los padres e internaliza la prohibición. Si bien, en general, se ha interpretado a esta instancia psíquica como tanática, como la fuente de la agresividad y la crueldad no podemos dejar de lado la temática de la mezcla y desmezcla de las pulsiones, antes considerada, y recordar algunas palabras de Chiozza en "Convivencia y trascendencia": "No sería inexacto decir, por lo tanto, que el fin y el camino de todo tratamiento psicoanalítico consiste en la modificación del superyó.[...]. El superyó es por lo tanto una instancia bípeda que se apoya por igual en las pautas instintivas y en las normas sociales. Un superyó más tolerante no es un superyó más débil, sino, por el contrario, un superyó más evolucionado" (Chiozza, 1983d [1982], págs. 226-27).

Volvamos con este texto al epígrafe de esta sección. En esto consiste precisamente uno de los peligros para el bienestar del hombre, ya que el desarrollo cultural exige contener la agresión. Es significativo recordar que Freud desde el principio de su obra había asentado la importancia del papel coercitivo de la cultura sobre nuestras tendencias agresivas y vindicativas (Freud, 1908d). Así, una persona contiene la agresividad de su ira golpeándose a sí misma y no al semejante. Pero: "una parte de destrucción de sí permanece en lo interior, hasta que al fin consigue matar al individuo". Y como ya dijimos, "en general, el individuo muere a raíz sus conflictos internos [...]" (Freud, 1940a [1948]; pág. 148).

Siguiendo con el análisis de las funciones del superyó Freud se pregunta cómo distinguimos en un principio el bien del mal. Sostiene en "El malestar en la cultura"

(1930a [1929]) que no existe una facultad original [...] de discernir el bien del mal. A veces consideramos "malo" aquello que ni es nocivo o peligroso para el yo, por el contrario podría ser algo deseado y que procura placer. Así, la capacidad de distinguir el bien del mal y de inhibir nuestras acciones conforme a ello no presenta ningún problema particular, cuando el criterio es el daño o el beneficio, el dolor o el placer. Pero la cuestión radica en que a veces juzgamos como "malos" los deseos y las acciones por lo que significan a los demás. Es decir, que debe estar en juego una influencia ajena que decide y determina a qué debe llamarse "bueno" y qué "malo".

El motivo para someterse a este impulso externo surge de la indefensión del niño, su dependencia de otras personas, lo que lo lleva al miedo de perder su amor. De allí que para el infante es "malo" lo que se convierte en una amenaza de la pérdida del amor; y la culpa es miedo al castigo externo, bajo la forma de pérdida del amor o de reprobación. El cambio decisivo surge cuando la autoridad se interioriza, cuando nos abstenemos de hacer algo malo no porque tememos que nos sorprendan haciéndolo, ni porque nos impongan un castigo sino porque nosotros pensamos que es malo. Asimismo, el sentimiento moral exhibe una característica nueva: no se renuncia a la sexualidad sino a la agresividad. Así, lo esboza en este texto (1930a [1929]) cuando dice que la primitiva severidad del superyó no es impuesta por el objeto sino que corresponde más a nuestra propia agresión contra el objeto (Cavell, 1993).

### ***Metapsicología y metahistoria***

Hasta aquí perseguimos conceptos metapsicológicos de la pulsión ya que "es algo así como una fuerza que se descarga, se transfiere o se acumula, pero, visto desde la metahistoria, ¿qué es?" (Chiozza, 1995g [1983] CD ROM, IN CONTEXT informática documental; record 4871-4944). Continúa Chiozza reflexionando: "¿No será entonces la pulsión, vista desde la metahistoria, el esqueleto de una temática? [...] En el intento de desarrollar lo que podemos llamar un equivalente metahistórico de la pulsión, aludimos a un escenario inconsciente en el cual los órganos ejercen su función como personajes que reiteran una temática[...]" (Chiozza, 1995g [1983] CD ROM, IN CONTEXT; record 4871-4944). Apoyándose en los neognósticos de Princeton, afirma que "los órganos 'hablan' entre sí (o las células, o las organelas) [...] todo ocurre como si el hígado le dijera al páncreas, por ejemplo, algo que, traducido a nuestro idioma, significa: 'te mando glucosa', 'mándame un poco más de insulina'. Ahora bien, cuando nos atrevemos a pensar así [...] se hace 'story'".

Es decir, que "la pulsión no tiene una cualidad intrínseca, sino que es cualificada según se presentifique en la escena histórica. Ello es la fuente de la pulsión. La zona erógena, el órgano es el escenario de la pulsión, es una vicisitud y en ella no se diferencia en erótica o tanática. La pulsión es una idea que tiene subsistencia semántica, es un propósito; el propósito no es una historia, es lo que anima la historia. En las temáticas históricas están contenidas las motivaciones" (Grus y colab., 1994; págs. 27-8).

Se podría pensar que esa pulsión impulsada por la idea escribe en su devenir una *story* que se encarna, como lo universal en lo particular. Se materializa en el drama de cada uno, pero lo trasciende; más bien al modo de la Idea hegeliana que deviene en cada uno de nosotros, pero es infinita y eterna aunque se hace en el movimiento. Cada hombre perecerá, porque lleva en sí el germen de su fin pero la idea no morirá.

### **III- AGRESIONES Y RESISTENCIAS**

"El psicoanalista piensa en la enfermedad como la evidencia de un impulso autodestructivo entretejido con un motivo y un significado que implican la existencia de un sujeto humano. Este enfoque conduce a la necesidad de una técnica derivada del ejercicio de la palabra, cuya finalidad esencial se dirige a atemperar el impulso destructivo por obra de la interpretación de la transferencia, movilizándolo al servicio de la vida, los deseos de amar, amarse y ser amado, interferidos por los sentimientos de culpa, las fantasías de castigo, la venganza y el odio cuya satisfacción se antepone a la vida" (Chiozza, 1974a [1972], pág. 83).

Si bien la pulsión de muerte sin mezcla puede aparecer generando, por ejemplo, la guerra también el sujeto puede emplearla al servicio de la autodestrucción. Veamos el caso extremo: el **suicidio**.

El suicidio es un acto locuaz, inquietante que paradójicamente se convierte en un interrogante por el sentido de la vida. Ha sido interpretado como: concreción de la destrucción de la identidad; como huida ante dos vivencias que le resultan insoportables al sujeto (nada-vacío, caos-confusión); como autocastigo ante una culpa y traición vivida como irreparable; como venganza y rebelión; como intento omnipotente de eludir la realidad vivida como penosa; como búsqueda del paraíso perdido relacionada con la fantasía de inmortalidad y de dicha; como una manera de mantener el vínculo narcisista con un otro (por ejemplo, la madre), pero a su vez negar la necesidad y dependencia de ese otro (Griffa, 1993).

Otras modalidades que muestran la capacidad autodestructiva del hombre son el enfermar y sus modalidades caracteriológicas.

Es importante tener en cuenta aquí el pensamiento de Chiozza y de Weizsaecker acerca de los significados de la **"enfermedad"**. Ésta es la mejor "solución" que el paciente ha encontrado, tiene un sentido que nos convoca para ser develado. Algo se ha quebrado, se ha roto la armonía y el enfermo necesita saber pues ese no-saber le obstruye el camino para conocerse y mejorar, para caminar hacia la cura (Chiozza, 1980a, 1997a [1986]; Weizsaecker 1927-28).

Consideremos ahora el "lugar" de la agresión en algunas patologías. Chiozza interpretó, por ejemplo, el síntoma de la lentificación en la epilepsia (siguiendo a Pichon Rivière) como una formación reactiva ante una violencia sancionada por un superyó sádico (Chiozza, 1984a [1970]). Es interesante también cómo la hiperqueratosis del psoriásico (Chiozza y colab., 1991f [1990]) representa simbólicamente tanto una protección ante las posibles agresiones externas como la contención a sus impulsos. El paciente asmático (siguiendo a Racker) vivencia el conflicto peligroso de ser absorbido por la madre de lo que se defiende; pero al incorporarla experimenta consecuentemente que introyectó a un objeto malo, de modo que lo agrede (Chiozza y colab., 1991d [1990]). En el hipertenso la agresión reprimida (desarrollando el pensamiento de Mittelman) surge de deseos frustrados (como en este cuadro el deseo de dependencia), de la autoestima dañada, de la amenaza a su posición, de la rebelión contra las jerarquías (Chiozza y colab., 1993b [1992]). En las fantasías inconcientes dentarias la puesta en acto de la libido dentaria transforma las relaciones de objeto pues el hombre enfrenta un drama de hierro "matar o morir", aunque más tarde descubre situaciones en las cuales puede también "dejar vivir". La aparición de los dientes modifica la relación del bebé con la madre pues se le abre una nueva posibilidad la de realizar: "una acción adecuada y eficaz del yo, el cortar, el morder y el masticar, en la que están implicados el amor y la agresión" (Chiozza y colab. 1997d [1995]; pág. 87).

Volvamos a la dialéctica del agresor y el agredido para considerar algunos afectos que emergen en ese vínculo. Chiozza con sus colaboradores (siguiendo aportes de Morris) analizan el afecto "**miedo**" explicando cómo el animal intenta apaciguar al agresor, sea que deja de emitir las señales que provocaron a éste, o que intenta modificar su estado de ánimo agachándose o encogiéndose, es decir, mostrándose como víctima; en casos está pálido, envuelto en pánico; asimismo, el agresor lo mira con una vista directa, osada, con la que lo desafía a luchar (Chiozza y colab. 1993b [1992]). Posteriormente, (siguiendo pensamientos de Mannoni) consideran que el "miedo" conlleva al **estado de alerta**, a la necesidad de seguridad, a los ademanes de amenaza con los que busca infundir miedo y sentirlo menos él mismo. Pero cuando el agredido supone que podría eliminar el peligro, deja de lado la mera amenaza y ataca al agresor. Esta agresión es ya "**furia**" (Chiozza y colab. 1997c [1995]). Asimismo, el agredido experimenta "**odio**" (Chiozza y colab., 1993g [1992]) (siguiendo pensamientos de Freud) ya que el objeto se convierte en fuente de sensaciones de displacer de allí el intento de distanciarse, de huir, hasta el intento de agredir al objeto para destruirlo; pues aquí la relación de objeto surge de la repulsa del yo narcisista ante el mundo prodigador de estímulos. En otros casos el agredido se muestra sumiso pues con dicha actitud intenta inhibir al agresor en la lucha por una propiedad; de allí, que la sumisión equivale el reconocimiento de la **impropiedad** (Chiozza y colab. 1991a [1990]).

Cuando la pulsión de agresión no es derivada al mundo exterior mediante la musculatura se vuelve hacia el yo y puede transformarse en síntoma. Frente a esto el psicoanalista intentará a través de la interpretación, como lo dice el epígrafe, atenuar la fuerza de esta energía autodestructiva reconduciéndola en parte al mundo exterior, en parte ayudando al restablecimiento de las relaciones de objeto que fueron descatectizadas, o bien, propiciando la salida del narcisismo para que el sujeto pueda abrirse a los demás y a lo trascendente, como así también se ame más a sí mismo y a los otros.

Asimismo, los impulsos autoagresivos que no derivan en síntomas se transforman en **carácter**. Éste se atribuye al yo y consiste en un conjunto de prejuicios (Freud). Participan en su constitución la instancia parental como superyó, las identificaciones con los progenitores, con las personas significativas y con las identificaciones de objetos duelados; asimismo lo integra (o se defiende) la historia de las elecciones eróticas de objeto. Reich considera que el carácter surge como una "coraza yoica" a consecuencia de las experiencias infantiles repetidas y contra los peligros externos e internos, consecuencia éstos de lo reprimido. Dicha coraza puede ser flexible y por lo tanto sana, o bien, endurecida o neurótica; esta falta de flexibilidad se debe a la identificación con lo frustrante, ya que este vínculo genera autoagresión, angustia y bloqueo de la motricidad (Chiozza y colab., 1991c [1990]).

Veamos algunos sentidos semánticos del vocablo "agresor" y así nos quedarán determinadas algunas cualidades de carácter. Es el que posee la cualidad de "**agresivo**" (DRAE, 1996; Moliner, 1986; Zainqui, 1985) en cuanto propenso a atacar sea con actos o palabras, a faltar el respeto, a ofender, a provocar, a bravuconear; está alzado como el gallo. Asimismo, es:

- "**acre**" ácido como el limón o el vinagre, como el ácido que corroe. Es acometedor, emprendedor, pero de modo adusto, malhumorado y embroncado, mordaz, falto de amabilidad;

- "**agrio**", es decir, violento, abrupto, difícilmente accesible, frágil y quebradizo por lo tanto ni dúctil ni maleable;

-**"áspero"** en cuanto tosco, hosco, rígido. Actúa como dice el dicho: "a palo seco";

-**"crudo"** como un alimento indigesto, es cruel, malo, despiadado, pendenciero;

-**"violento"** como cuando ocurre algo con brusquedad, con fuerza, contra la tendencia natural de la cosas, de forma embarazosa. Actúa así de modo irascible, irrefrenable, rabioso, furioso, encolerizado, injusto, iracundo, irritable.

Estas cualidades tiñen la acción a plena cantidad pero también están presentes tanto cuando el sujeto enferma, como cuando expresa su agresión en el exterior de modo muy débil y una parte de ésta es carácter.

Después de un tiempo de comenzado el proceso psicoterapéutico el psicoanalista se encuentra con esa coraza, con esa dura piedra que es el carácter y ningún paciente está tan dispuesto a abandonarlo. El sujeto agresivo, con su interior frágil y quebradizo se defiende adoptando una modalidad de ser inaccesible, rígido, tosco, emite comentarios agrios, permanece con bronca, al extremo que sus actitudes intentan producir miedo para que no se acerquen a él. El terapeuta intentará dirigir su atención al mapa que pone en acto esta temática para que, a través de la interpretación de la transferencia-contratransferencia, pueda el sujeto comenzar a mutarlo como producto de un trabajo elaborativo.

Consideremos algunos ejemplos de agresión que pueden surgir en el *set* analítico pero que tienen una especial ubicuidad.

Pensemos, por ejemplo, en los significados ocultos que se expresan en la forma corporal (Chiozza, 1984e) y cómo éstas pueden denotar armonía-ruindad, cuidado-descuido. Pero, el cuerpo es lo que inmediatamente compartimos con los otros, en cuanto que es lo que exhibimos a su percepción. A su vez, estas formas están envueltas en las ropas y los olores, que seguirán o no el camino trazado por las formas corporales, como un intento de reparación o como un grano más de agresión. Desde ya estas líneas necesitan más desarrollos. Esta agresión ataca al vínculo con los demás y por lo tanto a sí mismo.

Debido a la necesidad que el sujeto experimenta de ser estimado por los demás busca en los otros un juicio de valor positivo, busca la consideración, el aplauso, la fama, el aprecio, la admiración, el respeto. Como indicador de esta necesidad podemos imaginar una situación en la que un sujeto al entrar a un salón nadie jamás volviera la cabeza, ni nadie contestara a sus preguntas, ni nadie prestara atención a sus conductas. Si lo quisiéramos castigar severamente más que un castigo físico podemos representarnos una sucesión de situaciones en las que libremente transita por todos lados pero nadie le hace el menor caso (James, 1930). Tal vez sea éste un verdadero castigo. Un ejemplo de esto lo hallamos en "Pan" de Hansum en el momento en el cual el joven Glahn viaja en un bote con su amada Edvarda junto a otras personas. En un momento siente el martirio de los celos y relata lo siguiente: "Nos sentamos en el bote, ella en el banco, a mi lado, tocándome con sus rodillas. La miré y ella me miró durante un momento. Me sentía bien mientras me tocaba con la rodilla, empecé a alegrarme y a sentirme compensado por el amargo día pasado; pero ella cambió súbitamente de postura, me volvió la espalda y se puso a hablar con el doctor que se hallaba al timón. Durante un cuarto de hora yo no estuve allí para ella. Entonces hice algo que lamento y que todavía no he olvidado. Se le cayó el zapato del pie, lo cogí y lo lancé al agua, lejos, no sé si por la alegría de sentirla próxima, por la necesidad de hacerme valer, o por recordarle que yo existía" (citado en: Lersch, 1938, pág.136). Es por demás elocuente la situación descripta, podemos imaginar los sentimientos

quemantes del joven y la necesidad de la mirada de su amada. De modo semejante, podemos suponer el momento en que el niño busca la mirada de su madre cuando ésta la dirige al hermano recién nacido, o hacia el padre, o bien, a los papeles del trabajo que posiblemente serán el blanco de la furia infantil.

Estas actitudes, por un lado, de desinterés e indiferencia aparecen en algunos casos en el análisis como defensa ante sentimientos amorosos insoportables para el paciente; por otro lado, también emergen actitudes de búsqueda de aprobación, de consideración, hasta de exclusividad. Ambas se pueden plasmar en comportamientos que constituyen un ataque al vínculo analítico, sea porque el trato del paciente se vuelve grosero, brutal, desconsiderado, hostil, malevolo; sea porque se expresa con cinismo, sarcasmo, ironía. En ambos casos es un modo de agredir al servicio de la destrucción, es la primacía de la pulsión de muerte.

Los tratados de técnica psicoanalítica desarrollan estas temáticas interpretándolas como **resistencias**. Ya que como lo expresa Freud: "Todo lo que perturba la prosecución del trabajo [analítico] es una resistencia". Continúa en una nota al pie: "[esto] podría dar origen con facilidad a un malentendido [...] No debe dudarse de que durante un análisis pueden producirse diversos hechos ajenos a la intención del analizado. Puede morir el padre, [...] puede estallar una guerra [...], pero por más que el suceso perturbador sea real e independiente del paciente, a menudo depende de este el grado de perturbación a que da lugar, y la resistencia se evidencia en el pronto y desmedido aprovechamiento de una oportunidad tal" (Freud, 1900a [1899], pág. 511).

Las resistencias se presentan de múltiples formas y desde ya las que aquí nombro no intentan constituirse en un catálogo de todas las posibles. Asimismo, estos ejemplos son propuestos para ver en ellos la agresión al vínculo analítico como representante de otros vínculos.

Pensemos en el paciente que falta sistemáticamente a las sesiones. Su **ausencia** es la presencia de su resistencia. Expresa un intento de independencia, manifiesta la privación en la que ambos -paciente y analista- son puestos, emergen fantasías de ser extrañado, aparece la necesidad de tomar distancia ante un objeto que es vivido como hostil, frustrante (Bruzzone y Schejtman, 1998). Son innumerables los significados ocultos en el símbolo de la ausencia, de allí que exige el análisis en el "aquí, ahora, conmigo", pero es importante en cada una de éstas tener en cuenta el círculo frustración-agresión que el paciente actúa mediante el faltar. Asimismo, podemos pensar en los significados de las tardanzas constantes y reiteradas como un modo de ataque hostil al encuadre. Ambas resistencias son modos de maltratar al objeto en la transferencia, son formas sutiles alejadas desde ya del insulto o del azote, pero producen efectos igualmente destructivos.

Del mismo modo, sería oportuno referirnos a los **silencios** prolongados y habituales como intentos de dejar de lado la asociación libre, sustraer del análisis determinadas representaciones y afectos, allí está como un ser inaccesible pero que deja afuera al analista. Este silencio intenta en muchos casos forzar al terapeuta a hablar y no decir (Chiozza, 1979a [1977-1978-1979]), esconde la hostilidad y el ataque al que es vivido como un enemigo.

También es significativo considerar la **palabra**, el uso del vocabulario ya que "cada palabra es una transacción que se gesta de un modo análogo a la formación de un síntoma, y en ella, como en el silencio, participa de un modo regular la resistencia" (Chiozza, 1979a [1977-1978-1979]; pág. 139). De modo, que la palabra vehiculiza la

violencia expresa del agresor con su modo irascible, irrefrenable, rabioso, furioso; pero, también vehiculiza la violencia latente a través de palabras acres, agrias, ácidas que corroen. No olvidemos que unas y otras atacan e intentan destruir.

Concluyendo, puede ocurrir que se nos manifieste un agresor que intenta violentar bruscamente la tendencia natural del encuentro. Actúa de modo irrefrenable, no puede volverse atrás, está a merced de sus impulsos. Puede llegar a ser pendenciero y desafiante, pero aún así siempre expresa su fragilidad, su identidad infantil, su dificultad para interactuar y estar por lo tanto preparado para modificarse en el intercambio, de allí que ni es dúctil, ni maleable, ni flexible; su rigidez es la defensa ante su autopercepción.

Pero, también ocurre que estemos frente a un sujeto que puede ser hostil pero con una modalidad sutil y tan sutil que en ocasiones desconcierte en una primera aproximación. Detengámonos en el trato con el otro. En el mismo intervienen no sólo las palabras, sino el tono de voz y los gestos con los que se las acompaña. Asimismo, son significativas tanto las formas de hablar, como muy especialmente la de escuchar, la de mirar, la de ocupar el espacio.

Pero en ambos casos, el terapeuta intentará ver más allá de lo manifiesto, ver el "lugar" en el que se encuentra su paciente como el hombre que padece, y desde allí buscará establecer el vínculo analítico no desconociendo todas las dificultades que esto encierra.

#### **IV- SÍNTESIS Y CONCLUSIONES**

1- El vocablo "agredir" significa "dirigirse a", "atacarle", lanzarse contra alguno para causarle cualquier daño, "maltratar" con un ultraje de palabra o gesto.

La acción de "agredir" genera una lesión o "agresión". Dicho acto de agresión supone a dos sujetos: el "agresor" que actúa con "agresividad" y el "agredido". Este encuentro será "hostil" (que significa: "antagónico", "enemigo", "extraño"), violento, cruel.

2-. El feto "materializa ideas" (Chiozza, G.) realizando, entre otros, el proceso de asimilación, es decir, catabolismo y anabolismo. En cada caso este proceso sigue vicisitudes diferentes en función de la relación entre la capacidad del yo y la magnitud de los estímulos (Chiozza, L ). Así, ya en la vida fetal nos experimentamos sea como el "agresor", cuando "envidiamos" eficazmente a la "idea", la analizamos, la destruimos para materializarla. O como "agredido" cuando la envidia recae en el propio yo y el sujeto experimenta el sentimiento de envidia o amargura; o, cuando la envidia coartada en su fin, fracasa y emerge como síntoma somático, o como carácter envenenado (Chiozza y colab).

3- El período fetal -con sus experiencias de agresor y agredido- se resignifica en la vida postnatal en diversas vivencias. El bebé no recibe el auxilio ajeno (Freud) y se experimenta agredido y de allí que la frustración puede constituirse en fuente de agresión. El niño se conoce en el "otro" -sea en el espejo o en los ojos de la madre- se asume como un ser unido pues proyectó en el otro la fragmentación producto de su agresividad, y se identificó también con ese otro (Lacan).

Otros ejemplos de agresión. La relación fraterna (Freud) establece un vínculo de rivalidad en el que se expresan celos y envidia; posteriormente pueden constituirse comunidades en las que predominen los sentimientos amorosos y sociales. La guerra

muestra que los primitivos impulsos agresivos no desaparecen por la acción de la cultura, ni por las formaciones reactivas ante los impulsos hostiles (Freud).

Se ha interpretado a la agresividad como una cualidad originaria, como una respuesta espontánea a la frustración, dejando de lado que el sujeto vivencia tal o cual experiencia como frustrante por la presencia y el empuje de una tendencia dada: la pulsión de agresión, subrogado de la pulsión de muerte.

4- Las pulsiones (*Trieb*) como fuerzas de empuje, incoercibles, surgen del cuerpo y expresan las necesidades de ello (Freud). Estas son anteceditas por una carencia (Racker). Poseen un carácter conservador, aspiran a volver a un estado anterior (Freud). Son la causa última de toda actividad, es decir, de la unión-desunión, ligazón-desligazón, construcción-destrucción (Freud). Las pulsiones, como ideas con subsistencia semántica (Chiozza) trascienden del cuerpo individual en el que se encarnan y así no quedan sujetas a la muerte de éste.

La multiplicidad (Freud, 1940a [1939]) pulsional se puede reconducir a la unidad partiendo de un Eros desexualizado, como una energía única que se desplaza cargando las estructuras inconcientes tanto del impulso erótico como del agresivo (Freud, 1923a [1922]; Chiozza, 1984a [1970]).

5- Esta dualidad tiene sus raíces en la filosofía, literatura, biología y en la práctica psicoanalítica, aunque Freud se queja que fue escuchada como una novedad indeseable (1933a [1932]). Antes de proponer esta segunda teoría pulsional (Freud, 1920g) había desarrollado, como consecuencia de su que-hacer (por ejemplo, en las neurosis y en la melancolía) temas como: ambivalencia de los afectos, agresividad, sado-masiquismo, compulsión a la repetición, odio. Es decir, que la pulsión de muerte se le imponía ante la presencia en sus pacientes de fenómenos si no inexplicables - dentro del esquema pulsional dualista-. Por ejemplo, afirma que siempre ha reconocido un componente sádico en la pulsión sexual, pero que puede volverse una pulsión parcial (perversión). Asimismo, muestra la presencia de la fuerza de apoderamiento en el estadio oral, anal, genital. Pero, si el sadismo primitivo no se ha mitigado el sujeto establece relaciones de objeto sólo teñidas por la polaridad placer-displacer, es decir, atracción-repulsión.

La presencia del impulso de muerte cobró gran importancia en la obra de M. Klein, para quien el niño sólo sobrevive si lo proyecta hacia afuera, por ejemplo, en el comer. Asimismo, ocupa un lugar de consideración en las teorías de Garma, Racker, Chiozza. Sostienen la anterioridad de la pulsión de muerte a la experiencia de frustración. Ésta es vivida de tal modo en función de esta energía al servicio de la separación, de la destrucción, de la disyunción y no de la conjunción.

6- Es muy significativo en la vida de un sujeto la mezcla y desmezcla de las pulsiones, como es significativo atender a este fenómeno en la clínica. Se puede suponer un estado inicial en el que la energía de Eros (libido) neutraliza a Thanatos. Cuando se desligan, por un lado, la libido persigue como destinos: el trastorno hacia lo contrario, la vuelta hacia la propia persona, la represión, la sublimación (Freud). Por otro lado, la pulsión de muerte cuando sola se dirige al interior del sujeto actúa muda (Freud) y podemos pensar en desenlaces como el suicidio, la enfermedad o la aparición bajo la forma de carácter, por ejemplo, envidioso, amargado (Chiozza). La pulsión de muerte mezclada proporcionalmente con libido y con la ayuda de la musculatura es la pulsión de agresión que permite el dominio del mundo (Freud).



7- Un ejemplo de esta mezcla y desmezcla de las pulsiones se halla en el análisis de las fases de la libido: el sadismo (mezcla de libido y pulsiones destructivas) está presente en la fase oral (dientes), anal, genital.

Abraham propone cuatro momentos evolutivos en el trato con el objeto desde la etapa autoerótica hasta la sádico-anal en la que muestra dicha mezcla y desmezcla entrelazada con la aparición de sentimientos de culpa, piedad, disgusto. Klein enfatiza que en la etapa oral de succión está presente tanto el sadismo como el amor. Aberastury postula una fase genital previa que coincide con la aparición de los dientes ayudando a emerger la ecuación pene-diente; la excitación oral y genital unida a fantasías de "hincar el diente" se unen a la experiencia del destete. El pasaje por estos autores le permiten a Chiozza y colaboradores considerar la fase oral canibalística con la aparición de los dientes (su función es morder y masticar) como un momento en el que se incrementa la capacidad de dañar; momento privilegiado para pensar en la agresión (Chiozza y colab. 1997d [1995]).

Otro elemento importante de los movimientos libidinales lo constituye la aparición del "narcisismo", es decir, la operación libidinal que consiste en el retiro de sus catexias de los objetos y el despliegue de éstas en el yo. Mientras que Freud propone una diferencia entre narcisismo primario y secundario (1923b) Chiozza propone además un "narcisismo terciario" (Chiozza, 1995g [1983]).

Asimismo, es fundamental en este desarrollo la noción de relación de objeto, que pone en juego a distintas facetas de la personalidad, es decir, las pulsiones libidinales y agresivas, los objetos fantaseados blanco de dichos impulsos, las ansiedades que despiertan y las defensas ante ellas.

8- Si bien no se pueden correlacionar de un modo único las pulsiones y las instancias psíquicas, de un modo general, Freud imagina un instante en el que Eros, en el yo-ello indiferenciado, neutraliza a Thanatos; esta pulsión parece adueñarse del superyó. Pero, en cuanto éste madura es capaz de ser más tolerante (Chiozza).

9- Algunas situaciones en las que la pulsión de muerte se dirige al interior del sujeto y tiene allí su primacía: una posible derivación es el suicidio; o bien la enfermedad o una modificación en el carácter. Como ejemplos para su análisis propuse la consideración de la agresión en: la epilepsia, la osteoporosis, la hipertensión esencial, la psoriasis, el asma, las enfermedades dentarias. Como parte del análisis del agresor-agredido consideré el miedo, el odio, la sumisión y la furia del agredido frente al agresor. Asimismo el agresor en cuanto es aquel que actúa agresivamente puede ser descrito con características de: acre o ácido, agrio o violento o bien brusco, áspero, crudo o cruel. Agregué también algunos ejemplos de la presencia de la agresión en el set psicoanalítico en el cual se interpreta como resistencia: la indiferencia, las ausencias, el silencio y la palabra.

## **V - BIBLIOGRAFÍA**

Aberastury, A. ( 1958) "La dentición, la marcha y el lenguaje en relación con la posición depresiva", en *Revista de Psicoanálisis*, Asociación Psicoanalítica Argentina, Tomo XV, nº 1-2, págs. 12-41.

Aberastury, A. ( 1964) "La fase genital previa" en *Revista de Psicoanálisis*, Asociación Psicoanalítica Argentina, Tomo XXI, nº 1-2, págs. 203-13.

Barbero, L. Frascino, D. (2000) *Apuntes sobre la rivalidad*. Presentado en la Fundación Luis Chiozza.

Bettelheim, B. (1983) *Freud y el alma humana*. Editorial Crítica, Barcelona

Boari, D. (1991) *Pulsión de muerte y pulsión de vida*. Presentado en CCMW

Bruzzon, Ma. E. y Schejtman, G. (1998) *Algunas reflexiones acerca de la ausencia como resistencia al vínculo analítico*. Presentado en la Fundación Luis Chiozza.

Calles Vales J. y Bermejo Meléndez, B. (2000) *Dichos y Frases Hechas*. Editorial El Ateneo, Madrid

Clarke, A. 2001. *Una Odisea espacial*. Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 1980

Cavel, M. (1993) *La mente Psicoanalítica*. Editorial Paidós, México, 2000

Corniglio, H. y Obstfeld, M. (1994 ) *Acerca de la Sexualidad y la Sublimación*. Presentado en CCMW

Corominas, J. (1961) *Breve Diccionario etimológico de la lengua castellana*. Editorial Gredos, Madrid, 1990

Chiozza, G. (1998) "Consideraciones sobre una metapsicología en la obra de Chiozza" en *Cuerpo, Afecto y Lenguaje*, Alianza Editorial, Buenos Aires

Chiozza, L. (1970a)

Psicoanálisis de los trastornos hepáticos. *Ediciones Paidós, Buenos Aires, 1976*

Chiozza, L. (1974a [1972]) "Conocimiento y acto en medicina psicosomática" en *Hacia una teoría del arte psicoanalítico*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998, págs. 75-94

Chiozza, L. (1977a) "El trecho del dicho al hecho", en *Presencia, transferencia e historia*. Alianza Editorial, Buenos Aires, págs. 13-24

Chiozza, L. (1979a [1977- 1978- 1979]) "Acerca del uso y el valor de la realidad, la transferencia y la historia en el tratamiento psicoanalítico", en *Hacia una teoría del arte psicoanalítico*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998, págs. 135-160

Chiozza, L. (1980a) *Trama y figura del enfermar y el psicoanalizar*, Biblioteca del CWCM, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1980

Chiozza, L. (1983d [1982]) "Convivencia y trascendencia ", en *Hacia una teoría del Arte psicoanalítico*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998, págs. 227-238

Chiozza, L. (1984a [1970]) *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos*. Biblioteca del CWCM, CIMP, Buenos Aires

Chiozza, L. (1984e) "En la búsqueda de los principios del vivir en forma" En Luis Chiozza CD, Obras completas de Luis Chiozza Edición CD ROM, IN CONTEXT informática documental Buenos Aires, 1995/1996

Chiozza L. y colab. (1991a [1990]) "Psicoanálisis del trastorno diabético", en *Los afectos ocultos...*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1997, págs. 106-129

Chiozza, L. y colab., (1991c [1990]) "Fantasía específica de la estructura y el funcionamiento óseo", en *Los afectos ocultos...* Alianza Editorial, Buenos Aires, 1997, págs. 132-157

Chiozza, L. y colab. (1991d [1990]) "Los significados de la respiración", en *Los afectos ocultos...*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1997, págs. 42-81

Chiozza, L. y colb. (1991f [1990]) "Una aproximación a las fantasías inconcientes de la Psoriasis Vulgar", en *Los afectos ocultos...*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1997, págs. 19-39

*Chiozza L. y colab. (1993a)*

*Los sentimientos ocultos en... Alianza Editorial, Buenos Aires, 1993*

Chiozza, L. y colab. (1993b [1992]) "El significado inconciente de la hipertensión arterial", en *Los sentimientos ocultos....*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998, págs. 31-63

Chiozza, L. y colab. (1993g [1992]) "Una introducción al estudio de las claves de innervación de los afectos", en *Los sentimientos ocultos en....*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1993, págs.225-287

Chiozza, L. (1994b) "Cómo nace y se formula la interpretación en la sesión analítica" en *Hacia una teoría del Arte psicoanalítico*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998, págs.317-339

Chiozza, L.. (1995a) *Un lugar para el encuentro entre Medicina y Psicoanálisis*. Alianza Editorial, Buenos Aires, 1995

Chiozza, L. (1995c [1986]) *Por qué enfermamos? La historia que se oculta en el cuerpo*. Alianza Editorial, Buenos Aires, 1997

Chiozza, L. (1995g [1983]) *Reflexiones sin consenso*. En Luis Chiozza CD, Obras completas de Luis Chiozza Edición CD ROM, IN CONTEXT informática documental Buenos Aires, 1995/1996

Chiozza, L. (1995r [1993]) "El significado y la forma en la naturaleza y la cultura" en *Presencia, transferencia e historia*. Alianza Editorial, Buenos Aires, págs. 223-235

Chiozza, L. y colab. (1997b [1995]) "El significado inconciente específico del SIDA" en *Del afecto a la afección*, Alianza Editorial, Buenos Aires, págs. 213-295

Chiozza, L. y colab 1997c [1995]) "Los significados inconcientes de la función tiroidea", en *Del afecto a la afección*, Alianza Editorial, Buenos Aires, págs. 167-212

Chiozza y colab. (1997d [1995]) "Significados inconcientes específicos de enfermedades dentarias", en *Del afecto a la afección*, Alianza Editorial, Buenos Aires, págs. 31-95

- DRAE, (1996) *Diccionario de la Real Academia*. Editorial Espasa-Calpe, Madrid.
- Doezis, M. (1995) *Diccionario de sinónimos, antónimos y parónimos*. Editorial Libsa, Madrid
- Etcheverry, J. L. (1985) "Sobre la versión castellana", en *Obras Completas Sigmund Freud*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986
- Espasa-Calpe (1994) *Diccionario Enciclopédico*. Editorial Espasa-Calpe, Madrid
- Feniquel, O. (1957) *Teoría Psicoanalítica de las neurosis*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1966
- Funosas, M. y Molteni, Ma. Estela Bruzzon de (1994) *Algunas reflexiones sobre los celos*. Presentado en CCMW.
- Freud, S. en colaboración con Breuer (1895d) "Estudios sobre la histeria", en O. C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986.
- Freud, S. (1895h) "Mecanismo de la representaciones obsesivas y fobias" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986.
- Freud, S. (1896a) "La herencia y la etiología de las neurosis" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 139.
- Freud, S. (1896b) "Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 157
- Freud, S. (1900a [1899]) "La Interpretación de los sueños" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986
- Freud, S. (1905c) "El Chiste y su relación con lo inconsciente" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986
- Freud, S. (1905d) "Tres ensayos de teoría sexual" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 109
- Freud, S. (1906b) Recopilación de escritos breves sobre la doctrina de las neurosis, 1893-1906 en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 1
- Freud, S. (1907a [1906]) "Gradiva" {El delirio y los sueños en la "Gradiva" de W. Jensen} en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 1
- Freud, S. (1908a) "Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 137
- Freud, S. (1908d) "La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 159
- Freud, S. (1909b) "Análisis de la fobia de un niño de cinco años" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 1

Freud, S. (1910a [1909]) Cinco conferencias sobre psicoanálisis en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986

Freud, S. (1910c) "Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 53

Freud, S. (1910i) "La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 205

Freud, S. (1911b) "Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 217

Freud, S. (1911c) "Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 1

Freud, S. (1912b) "Sobre la Dinámica de la Transferencia" en O.C. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986 pág. 93

Freud, S. (1912-13) "Totem y tabú" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 1

Freud, S. (1914c) "Introducción del narcisismo" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 65

Freud, S. (1914g) "Recordar, repetir y reelaborar" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 145

Freud, S. (1915b) "De guerra y muerte. Temas de actualidad" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 273

Freud, S. (1915c) "Pulsiones y destinos de pulsiones" en O.C. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 105

Freud, S. (1915d) "La Represión" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 135

Freud, S. (1916-17 [1915-17]) Conferencias de introducción al psicoanálisis en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986

Freud, S. (1917e [1915]) "Duelo y melancolía" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 235

Freud, S. (1919h) "Lo ominoso" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 215

Freud, S. (1920g) "Más allá del principio de placer" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 1

Freud, S. (1922b [1921]) "Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 213

Freud, S. (1923a [1922]) "Dos Artículos de Enciclopedia: 'Psicoanálisis' y 'Teoría de la libido' " en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 227

Freud, S. (1923b) "El yo y el Ello" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 1

Freud, S. (1925d [1924]) "Presentación autobiográfica" en O.C. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 1

Freud, S., ( 1925h) "La Negación" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 249

Freud, S. (1926d [1925]) "Inhibición, síntoma y angustia" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 71

*Freud, S. (1930a [1929]) "El malestar en la cultura" en*

*O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 57*

Freud, S. ( 1933a [1932]) Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986

*Freud, S. (1937c) "Análisis terminable e interminable" en*

*O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires 1986, pág. 211*

Freud, S. (1940a [1938]) "Esquema del psicoanálisis" en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986, pág. 133

Freud, S. (1950a [1887-1902]) Orígenes del psicoanálisis (correspondencia con Fliess y "Proyecto de psicología") en O.C., Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986

Gómez de Silva, (1988) *Breve Diccionario etimológico de la Lengua española*. Fondo de Cultura Económica, México, 1993

Griffa, Ma. C. (1993) La adolescencia: el salto al otro trapecio. Presentado en CCMW

Griffa, Ma. C. (1994) Reflexiones acerca del silencio. Presentado en CCMW

Griffa, Ma. C. (2000) *Reflexiones acerca de las relaciones entre hermanos*. Presentado en la Fundación Luis Chiozza

Groddeck (1916-19) *Las primeras 32 conferencias psicoanalíticas para enfermos*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1983.

Grus, R. (Coordinador y colab.) (1994) La agresión. Presentado en CCMW

Hinshelwood (1989) *Diccionario del pensamiento kleiniano*. Amorrortu Editores, Buenos Aires.

James, W. (1930) *Compendio de Psicología*. Editorial Jorro, Madrid

- Laplanche J. Y Pontalis, J-B. (1983) *Diccionario de Psicoanálisis*. Editorial Labor, Barcelona.
- Lersch, P. (1938) *La Estructura de la Personalidad*. Editorial Scientia, 1962, Barcelona
- Mahler y otros, (1975) El nacimiento psicológico del infante humano. Simbiosis e Individuación. Editorial Marymar, Buenos Aires
- Moliner, M. (1986) *Diccionario de usos del español*. Editorial Gredos, Madrid, 1991
- Piaget, J. (1975) *Psicología de la inteligencia*. Editorial Psique, Buenos Aires
- Klein, M. (1932) "El psicoanálisis de niños" en *Obras Completas*, Paidós, Buenos Aires, 1990, Tomo 2.
- Klein, M. (1936) "El destete" en *Obras Completas*, Paidós, Buenos Aires, 1990, Tomo 1
- Klein, M. (1945) "El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas" en *Obras Completas*, Paidós, Buenos Aires, 1990, Tomo 1
- Klein, M. (1952) "Envidia y gratitud", en *Obras Completas*, Paidós-Hormé, Buenos Aires, 1990, Tomo 3
- Kirk, G. S. y Raven, J. E. (1966) *Los filósofos presocráticos*. Editorial Gredos, Madrid, 1969
- Racker, H. (1948) *Estudio sobre Técnica psicoanalítica*. Editorial Paidós, Barcelona, 1986
- Racker, H. (1957) "Contribución al problema de la estratificación psicopatológica", *Revista de Psicoanálisis*, nº 3, APA, Buenos Aires
- Racker, H. (1976) "Psicoanálisis y Ética". *Eidón-CIMP-Paidós*, año 3, nº 6
- Rivière, J. (1937) "Rivalidad". En: Amor, odio y reparación, M. Klein, *Obras Completas*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1990.
- Weizsaecker, V. (1927-28) *El médico y el enfermo*. Die Kreutur, 1927-28.
- Weizsaecker, V. (1950) *El hombre enfermo*. Editorial Miracle, Barcelona, 1956.
- Zainqui, J. M. (1985) *Diccionario de Sinónimos y Contrarios*. Editorial de Vecchi, Barcelona.
- Zimmerman, H. (1999) Tres Mil Historias de frases y palabras que decimos a cada rato. Editorial Aguilar, Buenos Aires, 2000.